PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento | Poesía | Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO

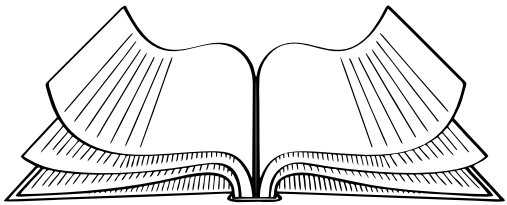
9 ANIVERSARIO

DICIEMBRE 2024/
ENERO 2025



No. 53


BODAI
YOGA
Eleva tu práctica
Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.
RESERVA
A través de tu plataforma de preferencia
Fitpass, Gympass, TotalPass
WA: 55 5217 0047
@bodaiyoga



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 53

9

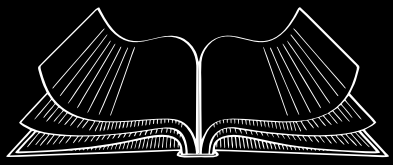
ANIVERSARIO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

VEN, NO TE VAYAS
JS 7

Parte de Guerra
Francisco Peralta 8

Resaca
Santiago Hemsani 9

Sentir la luz
Denzil Garteiz 10

El milagro de la noche
Bryan Sánchez Méndez 12

FIRMAS

La mesa puesta
Susana Corcuera 14

Catorce veladoras
Cecilia Durán Mena 17

La leyenda de Sleepy Hollow
Fernando Montoya 22

IMAGINARIO

Sin título
Irina Tall 29

Plus-ultra^0
Alejandro Avila 30

De la serie De paso
Aníbal Camacho 30

BordeLuz
Itzayana SGC 31

De la serie De paso
Aníbal Camacho..... 31

Soy un fantasma
Ignacio Navarro 32

Espirales y escaleras I
Triana Poleth..... 33

Espirales y escaleras III
Triana Poleth..... 33

VOCES

diario de mar.
Salvador Galván..... 35

Más de un jugador
Nancy Verver..... 39

Eternamente en el desierto
Pato Soní Dillmann..... 40

Cuatro cantos a un abusador (que no existe)
María Borja Treviño 47

El bailarín de la Doctores.
Ricardo Eugenio Rosendo Ruiz..... 51

En los tacos
Simona Galdina..... 53

NTR
Itzayana San Germán Ceceña 55

Curiosidad
Alejandro Soto 63

Hablando por escrito

En esta edición, estamos de grandes festejos. Cumplimos nueve años de estar suscribiendo nuestro cometido de seguir atrapando lectores y escritores para nunca dejarlos ir. Hemos abierto las pastas de nuestra revista para dejar pasar todos aquellos textos que lograron escapar de esos oscuros cajones o de esos archivos sombríos para encontrar el camino y llegar a su destino.

Pretextos Literarios Por Escrito es un ejercicio de empatía. Es un circuito redondo que permite que escritores y lectores se pongan en juego. Así es la Literatura: tiende puentes que permiten ampliar nuestra visión, ampliar nuestro mundo. Con las letras —a través de las palabras— el universo se alarga, el infinito se ensancha. El que lee tiene la posibilidad de vivir experiencias en los zapatos de alguien más, podrá ver y sentir desde la perspectiva del otro. Quien escribe, al ver sus líneas publicadas, crece: se le ensancha el corazón y sus límites engrandecen.

Sobre todo, entendemos que hay tantas letras que han recorrido el camino para toparse con su lector y simplemente no han encontrado la oportunidad. Publicar es y ha sido difícil. Es un tema que va más allá de la suerte y el talento. Hace nueve años entendimos que hay una gran producción de textos de calidad que no tienen oportunidad de extender sus alas y llegar a su mejor lector posible. La verdad es que, en el mundo editorial, hay tantos intereses que se afilian más a los movimientos de la mano invisible de Adam Smith que a los cánones aristotélicos. Hay más talento que espacios para poderlo lucir.

Por esta razón, nace esta revista que busca dar un espacio a escritores talentosos para ver sus textos publicados. No tenemos otro interés que ser un canal de comunicación y contacto entre el texto y sus lectores, mientras más, mejor. Por eso, nuestra edición impresa se distribuye en forma gratuita. Nuestro compromiso fue y ha sido siempre quitar las barreras que existan entre los escritos y quienes los quieran leer.

Hace poco escuché que un profesor de ciencias hablaba de cómo Isaac Newton transformó nuestra visión del cosmos. Su obra fue de tal envergadura ya que aclaró las leyes que rigen cómo se mueven las cosas, y proporcionó una teoría de la gravedad que persistió incuestionable por años. Sin embargo, si Newton no hubiera publicado

sus descubrimientos, Leibnitz o alguien más le hubiese dado ese legado a la Humanidad. Albert Einstein reemplazó esta visión a principios del siglo XX, revolucionó la ciencia porque estaba ideando teorías y descubrimientos muy adelantados a su tiempo. Pero si no hubiese sido él, sus contribuciones a la ciencia podrían haber sido descubiertas por otros científicos. Pero, con las artes es distinto. Sin Leonardo no tendríamos *La Gioconda*, sin Miguel Ángel no habría *La Piedad,* sin Cervantes no existiría *Don Quijote.* Quiero pensar que sin Pretextos Literarios Por Escrito nos habríamos perdido la oportunidad de disfrutar tantos poemas, cuentos, relatos, viñetas, ilustraciones, fotografías. Hubiese sido un total desperdicio perdernos de tanto.

Después de nueve años, nos hemos convertido en un punto nodal. Somos los que decimos: ¡Mira!, y abrimos la ventana para que los ojos de quienes recorren nuestras páginas encuentren las vistas que se crearon con nuestras palabras. Nos parece relevante lo que está pasando en nuestro mundo, nos importa, nos interesa y queremos dejar huella. Creemos que la literatura es la reflexión necesaria para interpretar la realidad que habitamos. Estas historias son las que hemos elegido para que las leas. Es la forma en la que estamos construyendo nuestra memoria histórica. Es la manera de dejar testimonio de lo que nos emociona, lo que nos hace sentir, lo que proyecta nuestros valores, nuestra verdad. Es acercar esas partículas fantásticas que nos ayudan a entender la sustancia de lo que significa ser humano.

Por esto, después de nueve años y cincuenta y tres ediciones, con ustedes nuestro número del noveno aniversario.

La editora general.

VEN, NO TE VAYAS

JS

me echas la culpa
como si de mí dependiera
¿qué quieres de mí?
¿qué quieres que haga?

yo no soy de ti
tú te has ido de mí
ven y dime la verdad
¿cuándo me dejaste de amar?

ven, no vayas hacia allá
ven y dime la verdad
no huyas, por favor, te lo pido
dime, qué quieres que haga

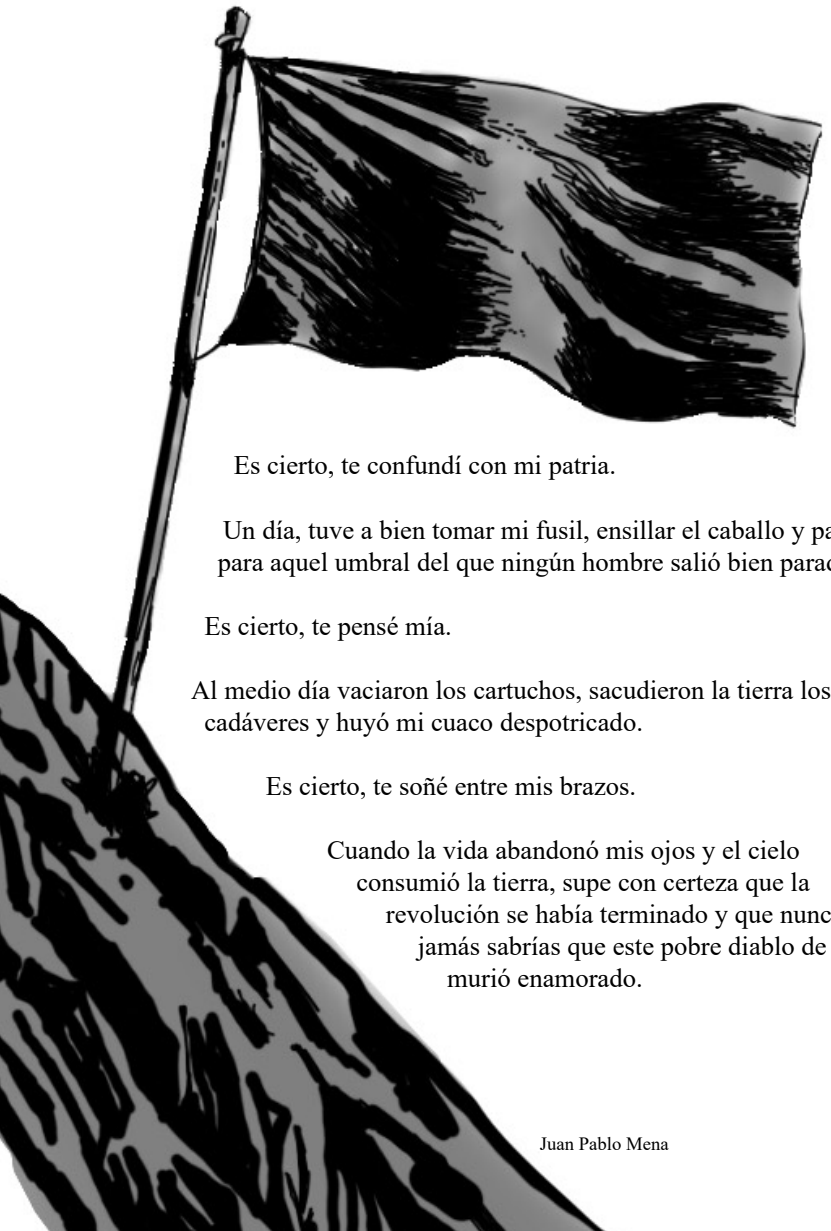
mide tus palabras
no te vayas dejándome sin habla
por favor, modera tu palabra
no te vayas arrancándome el alma



JS

Parte de Guerra

Francisco Peralta



Es cierto, te confundí con mi patria.

Un día, tuve a bien tomar mi fusil, ensillar el caballo y partir para aquel umbral del que ningún hombre salió bien parado.

Es cierto, te pensé mía.

Al medio día vaciaron los cartuchos, sacudieron la tierra los cadáveres y huyó mi cuaco despotricado.

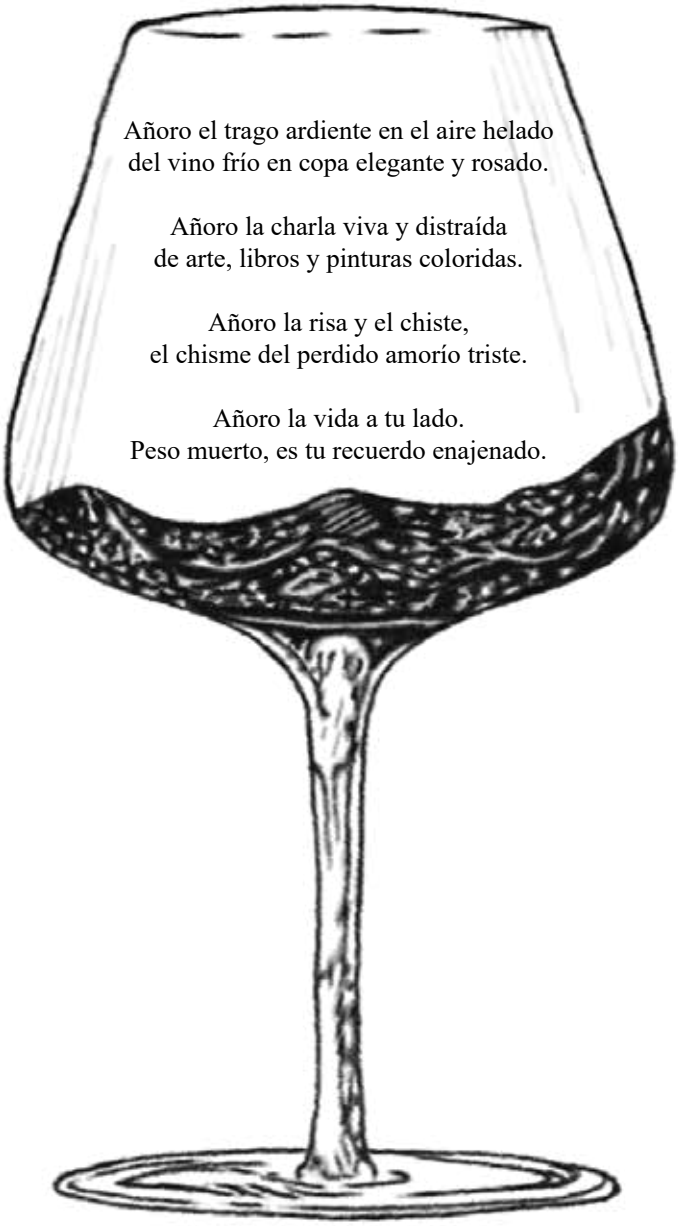
Es cierto, te soñé entre mis brazos.

Cuando la vida abandonó mis ojos y el cielo consumió la tierra, supe con certeza que la revolución se había terminado y que nunca jamás sabrías que este pobre diablo de ti murió enamorado.

Juan Pablo Mena

Resaca

Santiago Hemsani



Añoro el trago ardiente en el aire helado
del vino frío en copa elegante y rosado.

Añoro la charla viva y distraída
de arte, libros y pinturas coloridas.

Añoro la risa y el chiste,
el chisme del perdido amorío triste.

Añoro la vida a tu lado.
Peso muerto, es tu recuerdo enajenado.

Isabela Encinas

9 ANIVERSARIO

Sentir la luz

Denzil Garteiz

¡Qué celosos son los ojos que acaparan toda la belleza de la luz!

Imagino lo maravilloso que sería, al menos por una jornada, poder escuchar, degustar y olfatear los colores de su espectro luminoso.

Despertar al alba con los primeros sonidos del sol.
Escuchar sus rayos entrar a través de las persianas y romper el silencio de la noche con los murmullos del amanecer.

Dejar que los primeros destellos de luz matutina, con su tono amarillo y brillante, me silben al oído y me avisen que es hora de moverse.

Salir de la cama, amodorrado por la penumbra del magenta,
y abrir la ventana para dejar entrar la brisa con los aromas del turquesa o el cian.

Caminar por un parque y apreciar el cuchicheo del verde en el follaje de los árboles; el eco del negro bajo un obscuro puente; o el provocador susurro del rojo en un jardín de rosas.

Llenar los pulmones con la fragancia de lavanda.

Sentarme en un banco a leer mi novela favorita y, de pronto, percibir el perezoso ronroneo del gris en las nubes que tapan al sol y anuncian el aguacero que pronto caerá.

Resguardarme bajo una sombrilla y esperar que se mezcle el sol con la lluvia para escuchar el canto de mil voces al final del arcoíris; ahí donde se unen todos los colores.

Inhalar la esencia del café en la tierra mojada.

Entrar en un pequeño restaurante, pedir una mesa de terraza y maridar la dulzura del púrpura con el amargo de la oliva.

Esperar al naranja del atardecer y oír el tenue zumbido del sol que se sumerge en el océano; allá en algún lugar del horizonte.

Regresar a casa caminando en el silencio de la noche para captar el sutil aullido de la blanca luna.

Y, por último, volver a recostar la cabeza en la almohada y soñar con el bullicio azulado de las olas del mar.

Ivonne González

El milagro de la noche

Bryan Sánchez Méndez

La noche es incertidumbre disfrazada de manchas brillosas por todo el horizonte.

Deforma las figuras creadas durante el día,
impregnado los ojos de agonía repetitiva.

Aquel que se pierda en sus fauces, de odio se llenará, hasta la senda recorrida nunca volver a pisar.

Un espectáculo singular que deja las mentes vagando por su mar estelar.

Conecta los astros y deshace a los humanos caídos que rezan a los dioses antiguos, incapaces de darles respuesta a sus pensamientos más enfermizos.

En este día llegará, mañana se mostrará y por siempre nuestras vidas limpiará, de eso que llamamos identidad.

Por la noche seremos olvidados, detrás de un telón que separa la realidad de un concepto espiritual, a pesar de contar con tiempo para admirar las estrellas radiantes y llenas de paz, la futilidad se encargará de postrar a toda la humanidad sobre un lecho fugaz.

Mónica Oltra


CURSO DE
ANTROPOLOGÍA LITERARIA
Para más información escríbenos:
CONTACTO@PORESCRITO.COM
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

La mesa puesta

Susana Corcuera

Carresse. El nombre del pueblo significa caricia y es cierto que el viento es ligero y el clima suave. La primavera huele a yerba nueva, a flores y a anís. En verano el río se cubre del reflejo de los árboles, algunos muy viejos, otros tan jóvenes que todavía buscan su forma. En otoño las hojas amarillas vuelan sobre el agua para luego caer en pequeños remolinos. Nunca hemos ido en invierno, supongo que nunca iremos.

Habíamos visitado dos casas en venta. La primera era luminosa y del jardín se llegaba al río por una vereda. Por dentro los espacios eran amplios, ideales para nosotros, y se notaba que le habían dado buen mantenimiento a lo largo de sus dos siglos de vida.

La otra tenía humedades, la madera crujía con cada paso y los postigos amenazaban con desprenderse. Era difícil hacerse una idea del tamaño de los cuartos decorados con muebles, relojes y cuadros antiguos. De la pared en el rellano de la escalera colgaba el retrato de una mujer. Era muy fea, pero su expresión daba ganas de sonreírle.

Al igual que la casa, el jardín era un desastre y la vereda que debería llevar al río se había cubierto de plantas espinosas. La primera propiedad que nos habían enseñado era insulsa. Esta, en cambio, había formado parte del castillo quemado que se vislumbraba desde una de las ventanas. La vendedora nos contó que el dueño, un marqués con ínfulas de inventor, lo incendió al probar un sistema de calefacción. Imaginar al marqués y a su familia mudándose del castillo a la casa de los empleados acabó de convencernos. Ya iríamos familiarizándonos con los cuadros y los muebles. Ya habría tiempo para reparar los postigos y quitar las humedades. Después de cerrar el trato probamos las camas, incomodísimas, y descubrimos que el mueble del comedor aún guardaba una de las vajillas del marqués. Pusimos la mesa y cenamos con las ventanas abiertas



para oír el ulular de los búhos.

Los cuartos estaban frente a frente en un pasillo que terminaba en una puerta bloqueada. A la mitad del mismo pasillo, otra puerta se abría a una escalera por la que se llegaba al ático. Habíamos intentado subir antes del oscurecer, pero las telarañas nos obligaron a desistir. Demasiado tarde nos dimos cuenta de lo lúgubre de los cuadros. La piel de la mujer que nos había hecho sonreír, en la oscuridad adquiría un tono verdoso y la expresión de sus ojos se volvía severa.

Fue un alivio oír a los primeros pájaros y ver el jardín al amanecer. Poco a poco, la casa nos conquistó también en la oscuridad y nos acostumbramos a pasear por el pueblo de noche, cuando la vía láctea era una ruta blanca en el cielo de estrellas desperdigadas. Lo único que deambulaba por las calles además de nosotros eran gatos. A veces sus ojos brillaban en lo alto de una barda.

Durante nuestros recorridos inventábamos historias de las casas. En la más pequeña había vivido un poeta frustrado; la de las gárgolas había sido de un pianista; en la de las macetas de porcelana, una familia con niños y perros que corrían tras ellos camino al río; la de las caballerizas había sido invadida por los nazis durante la ocupación… Pronto cada casa tuvo una historia que elaborábamos día con día. El pianista se enamoraba de la hija del marqués y la marquesa de un soldado nazi… Solo una se defendía de nuestra imaginación. Una casita gris, insípida, en apariencia hacía mucho abandonada.

Una noche de luna llena, nos sorprendió ver el pasto recién cortado y ramas muertas apiladas en pequeños montones. El siguiente día percibimos lucecitas detrás de las ventanas. Más adelante, notamos que habían arreglado los postigos, después el portón de madera. Y así la casa fue reviviendo. En ese mismo tiempo alguien empezó a seguirnos, pero como nos sucedía con lo demás en Carresse, también nos acostumbramos. Esto cambió una noche.

Cuando llegamos a la casa que se defendía de nuestra imaginación, vimos unas veladoras que guiaban del portón a la entrada principal. Como si hubiéramos perdido la voluntad para decidir, seguimos el camino hasta llegar a una mesa con tres sillas. Tenía un mantel largo, una vajilla de porcelana, cubiertos de plata y dos candeleros. Nos sentamos a ambos lados de la cabecera y descubrimos que la vajilla tenía el mismo blasón que la de nuestra casa. Una sensación incómoda nos recorrió y empezábamos a levantarnos cuando apareció un hombre con una bandeja.

— Por fin —nos dijo. Nada más.

Su piel tenía un tono verdoso y su sonrisa podría ser la de un loco, o de un espíritu, si es que los espíritus sonríen. Sin pensarlo dos veces, corrimos de regreso a casa. Aseguramos el portón con la cadena y cerramos todo lo mejor posible. Pasamos el resto de la noche atentos al menor ruido y a primera hora nos fuimos del pueblo. Lo último que recuerdo es la casita gris entre dos viejas mansiones.

Con el paso de los años el evento se convirtió en anécdota. Una tarde se la contamos a unos amigos.

— Lo más raro… —dijo mi esposo— es que nunca pudimos inventarle una historia a esa casa. A todas las demás, sí, pero la de ésta se nos olvidaba en cuanto amanecía. Hemos llegado a pensar que el hombre que nos invitó a cenar era un espíritu que se alimentaba de los habitantes del pueblo y por eso se ha quedado vacío.

Nuestros amigos se rieron de nosotros y la conversación giró hacia otras anécdotas relacionadas con fantasmas. Solo una amiga guardaba silencio.

— A lo mejor —dijo por fin en voz baja— el hombre que los siguió por las calles, que arregló con tanto esmero su casa, encendió velas, cocinó para ustedes y puso su mejor vajilla, es descendiente del marqués que quemó el castillo. Quizá lo corroe la nostalgia y necesita compañía. La posibilidad nos conmovió. A partir de esa tarde cada año hacemos planes para volver a Carresse y buscar al hombre solitario. Los hacemos de noche, sabiendo que al día siguiente los olvidaremos. Es mejor así.



Catorce veladoras

Cecilia Durán Mena



Encendí catorce veladoras porque a los muertos les gusta ser recordados. Es verdad que yo no conocí a ninguno de ellos cuando vivieron en este mundo, pero los conozco ahora y son parte de mi cotidianidad. Una cotidianidad muy extraña pues no hablo con ellos, pero nos comunicamos de otras formas. No es el típico proceso de hablar, escuchar y responder. No nos ponemos en contacto así. Son otras formas, otros lenguajes. Y, no. No soy un médium ni espiritista ni brujo-curandero ni nada por el estilo. Tampoco es que ellos me hayan elegido o yo tenga características especiales que nos permiten esta comunicación. No lo creo. Soy como cualquier ciudadano de a pie que vale cinco centavos y no tiene nada de especial más que estirar la vida y sacarle el mejor jugo posible con lo que hay. Para ser totalmente sincero, no sé cómo denominar lo que tenemos. Ellos se manifiestan y yo no tengo muchos medios de respuesta.

Algunos podrán pensar que es magia el que una persona de otro tiempo y distancia entre a mi dimensión. No estoy aquí para regodearme en lo macabro, sino para tratar de entender mi situación. En todo caso, el sobresaltado encuentro de lo real y la imaginación da frío. Aprendí que, al entrar a la vida, nacemos a la experiencia de una tercera dimensión a través de nuestros padres; en esta realidad usamos muchas máscaras, no estamos seguros de quiénes somos o por qué estamos aquí. Estamos etiquetados, separados y categorizados. Se nos da una raza, nacionalidad, género y categoría impositiva. Se nos anima a ir a la escuela, ingresar en la vida laboral, casarnos y tener hijos, mudarnos a una casa, pagar impuestos y —si es posible— ir de vacaciones de vez en cuando. Estamos en una espiral continua hasta la muerte.

En esta dimensión es donde aprendemos a odiar, juzgar y colocarnos por encima o por debajo de los demás. Pero, aunque me ha costado entenderlo, es claro que no es la única. Sé que hay otros espacios. Ahora creo en las dimensiones que tienen que ver con nuestra evolución

espiritual, que no son lugares en sí, sino estados de conciencia. Por ejemplo, cuando alguien como yo que está en el mismo sitio físico, puede percibir otros aspectos de la realidad, otras presencias. Y, por supuesto, uno siempre quiere escarbar en los orígenes. Si lo pienso bien, llego a la conclusión de que fue una agraciada torpeza, por decirlo de alguna manera. Eso y que, como dice la portera de la vecindad: "Toda edificación del Centro de la Ciudad de México que tenga dignidad viene provista de su muchedumbre de sombras". No sé si en las habitaciones del traspatio haya más, o menos fantasmas, pero en mi casa por lo menos hay catorce. Esos son los que yo he notado.

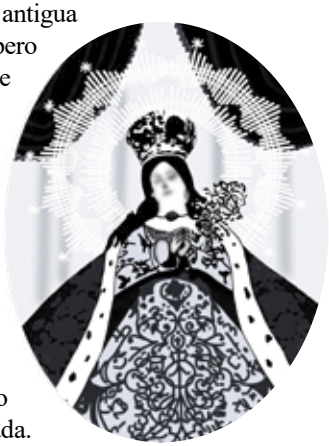
Tal vez mi abuela tuviera razón después de todo. Siempre decía que "el que se va, pierde". Por eso, hay que tener cuidado con lo que se pone en juego. Yo me vine a la capital porque ya no aguantaba vivir en Taricutí de Ocampo, un pueblo pequeño, en el que cuando hace calor, los muertos escupen polvo y cuando hace frío, los espíritus se congelan. Cuando me fui mi padre era el presidente municipal y antes que él su hermano fue el alcalde, después sería otro de sus hermanos y, desde luego, yo estaba en la línea sucesoria. "Ya han habido muchos Rojas en el poder", decía mi abuela. Tuvo razón. No quise formar parte de ese bucle. Ya no pude soportar el infierno de la vida de pueblo, ese era mi verdadero motivo. Anhelaba un poco de anonimato, en el pueblo saben hasta el número de muelas que tienes picadas. Eso es un verdadero horror. Pero lo que dije a mis familiares fue que me iba para estudiar una carrera universitaria.

Mi familia quería que estudiara en Guadalajara y yo preferí venirme a la capital por una sencilla razón: está más lejos. Mi mamá me agenció una casa de asistencia, de esas que la universidad de religiosos en la que me inscribió le recomendó. Ella elige todo y todos giramos en torno a ella. Menos yo, que soy el único hombre de la familia, bendito entre siete hermanas. Ellas no pueden escapar. Aguanté seis meses en esa casa-cárcel que parecía un plantel de alta seguridad en el que me controlaban cada movimiento. No es broma, había cámaras y nos filmaban para mandar a nuestros padres reportes diarios. La asfixia en la que viví los primeros seis meses en la Ciudad de México me llevó a cambiarme de carrera, de universidad y de casa. Y, sin intención, suscribí las palabras de mi abuela: el que se va pierde.

Me lo dijo mi mentora: "persigue tu vocación". Mandé la carrera de leyes a la basura. Saqué mis cosas de la casa de asistencia en la que viví. Me inscribí en una universidad en el centro y me matriculé en psicología. Si mi madre supiera lo que hice, me mandaría a la dimensión desconocida

de un bofetón. Me salí con la mía, con mi nueva vida sobre los rieles que yo quise y ahora debía buscar un espacio para habitar. Caminé por el callejón de Regina, no sé cómo, pero mis pasos me llevaron al primer callejón de la calle de Brasil, ahí entré a una edificación de piedra. Sobre la puerta principal hay un nicho ocupado por una imagen de bulto de la Virgen de la Salud. Me persigné al traspasar el umbral. La portera se apareció de inmediato.

Le informé que quería rentar un espacio. Me enseñó lugares de atrás para adelante. Desde el quinto patio hasta la que daba al callejón sobre la accesoria que está a pie de calle. Era una vivienda con sala comedor, ventanas del tamaño de una puerta, un baño completo, cocina, dos habitaciones. Vieja, eso sí, pero algo del lugar me hechizó. Cuando la portera me dijo lo que costaba se me fueron los ojos al suelo: una cuarta parte de lo que mis padres pagaban por mi antigua prisión. Estaba sucio, muy sucio es verdad, pero la portera me dijo que por un poco más, ella se haría cargo de la limpieza y de atender mis recados. Cerramos el trato. Ella misma me aconsejó visitar un local en la Lagunilla dónde podría comprar muebles de viejo a precios muy accesibles. Cama con dosel, comedor con sillas de bejuco, escritorio con cajones secretos y unos sillones de terciopelo rojo que no están nada mal. Mi casa huele a madera de verdad y no a cartón corrugado.



Esa tarde, mi nuevo espacio estaba listo para que pudiera vivir la independencia anhelada. Mi primer acto autónomo fue pedirle a mi papá que no informara a mamá sobre los cambios y le solicité que me adelantara algún dinerito. Me mandó más de lo que le pedí. Siempre es así. Cuando los trabajadores de la mudanza salieron de mi nueva casa, la luz del sol empezaba a declinar y la oscuridad de la noche ganaba terreno. Fue la primera vez que los percibí. Estaban parados como si se tratara de una banda de guerra de soldaditos de plomo. Sus reflejos me hicieron girar la cara. Tuve que abrir y cerrar los ojos varias veces para cerciorarme de que no había nada ahí. En ese momento no sabía bien a bien como distinguirlos. La temperatura bajó, la piel se me puso de gallina. Sentí que el aire estaba colmado del aliento final del otoño e inicio del invierno: escuché los resoplidos de la brisa otoñal y un sollozo que le atribuí a

una lluvia tardía de diciembre. No era eso. Era un olor a humedad y una sensación de huesos mojados.

Entró la noche. Me hubiera gustado conservar la botellita de agua bendita que me regaló mi abuela antes de dejar el pueblo o haber guardado la crucecita que me dio mi madre entre bendiciones y abrazos. No sé si las perdí o las tiré. Al elevar la mirada, percibí en el reflejo del espejo viejo que me regaló el señor de la Lagunilla un mensaje: "los muertos se mueven de prisa". Otra vez, parpadeé rápido, me tallé los ojos y dejé de ver lo que segundos antes me pareció una certeza. Quizás debí de haberle prestado más atención a esas presencias que percibí en los rellanos de las escaleras. Si tuviera un carácter más sensato, habría dado mayor importancia a la figura del hombre alto que me pareció ver a la entrada de la vecindad. Si fuera valiente, me habría regresado a la casa de asistencia que me consiguió mi mamá. Si hubiese estado menos cansado, estaría contando otra historia.

Dejé un paquete de sábanas nuevas, almohadas y una colcha sobre la cama. Entré al baño escuchando un zumbido que se confundía con una especie de lamento y se oía como un aullido. Increíble, pero añoré estar en mi antigua prisión, que, a pesar de ser asfixiante, me daba seguridad. Sentí el corazón latiéndome en la garganta, me costaba respirar. No, no, no, no puedo caer en la tentación de descalificar mis decisiones. Con el rabillo del ojo advertí que los catorce estaban en la tina del baño mirándome con curiosidad. Abrí la llave del grifo del lavabo y me mojé la cara. Claro que, al girar frente a la bañera, la vi vacía. Me sequé y salí a paso veloz. Encontré la cama hecha. La garganta se me hizo nudo. Estaba tan cansado que entré a las sábanas y caí en un sueño profundo. Todo se puso tan negro que pude descansar.

La mañana entraba a toda luz por las ventanas. Desperté de muy buen humor. El olor a desayuno recién preparado y a café era agradable. Con un sobresalto, salí de la cama. La portera me saludó con una sonrisa. Me tomé la libertad de prepararle esto, me informó y yo agradecí con sinceridad. Antes de despedirse, me dijo: "Aquí le dejo catorce veladoras, por si las llega a necesitar. Por si se va la luz o por si llega la oscuridad.

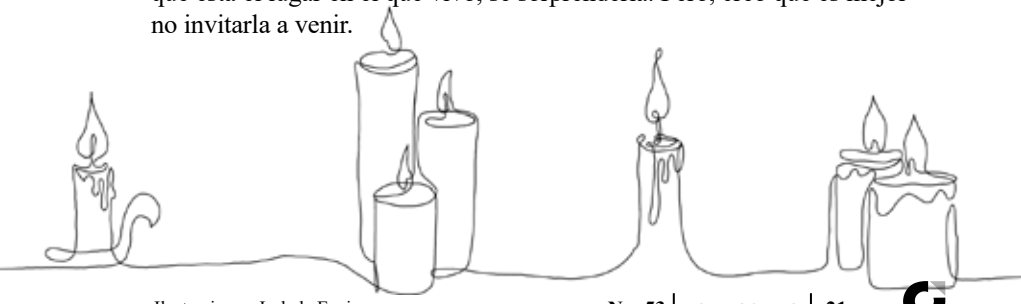


No sea que le vaya a dar miedo. Mejor que no le dé. Si me permite un consejo: no haga mucho caso. Deje que los muertos estén entre los muertos. Deje a los muertos en sus quehaceres".

No supe si la portera me estaba amenazando o si me anticipaba un castigo terrible en caso de incumplir su instrucción. No supe si era una premonición, una advertencia, o simplemente un producto de mi imaginación alterada. Terminé de desayunar y me fui a lavar los dientes. Ahí estaban los catorce. Al regresar a la habitación, la cama estaba hecha, la ropa doblada en los cajones y colgada en los percheros. Sudé frío. Fui a la cocina y los platos estaban limpios y en su lugar. Agarré las llaves y salí a buscar a la portera. No la encontré. Regresé a buscar mis cosas para ir a la universidad. Claro que mi mochila ya estaba preparada. Me tiré al suelo y solté el llanto. Sentí como los catorce formaban un círculo a mi alrededor. Percibí que estaban en cuclillas observándome. Recordé las catorce veladoras. Las encendí una a una con la intención de agradarles. Aunque, creo que ya les había caído bien.

Aprendí que eso es lo que hacen los fantasmas, ese es el punto: hacen lo que sea para recordarnos que siguen ahí. Se manifiestan para que no los olvidemos. A los mortales no nos queda más que ser esos hámsteres que corren a toda velocidad en su rueda para alcanzar la relevancia. No los culpo. Si yo fuera fantasma —y algún día lo seré, no tengo duda— haría lo que ellos, viviría en este lugar y en ocasiones le metería un susto a mi mortal favorito para que sintiera lo que es que se te salga el alma del cuerpo. Pero, para que cada uno se mantenga en su lugar, sigo encendiendo catorce veladoras y así nos mantenemos todos contentos.

Enciendo catorce veladoras a diario. Sigo siendo como cualquier ciudadano de a pie que vale cinco centavos y no tiene nada de especial más que estirar la vida y sacarle el mejor jugo posible con lo que hay. Para ser totalmente sincero, no sé cómo denominar lo que tenemos. Ya no me inquieta. Ellos se manifiestan y yo no tengo muchos medios de respuesta. Así son las cosas, yo no inventé las reglas. Pero, creo que les caigo bien y yo le sonrío a mi buena fortuna. Si mi madre pudiera ver lo ordenado que está el lugar en el que vivo, se sorprendería. Pero, creo que es mejor no invitarla a venir.



Ilustraciones: Isabela Encinas

La leyenda de Sleepy Hollow

Fernando Montoya

Siempre he creído que la identidad de una nación no se mide por la sangre derramada en grandes batallas o por las hazañas heroicas de sus soldados, sino por la riqueza de sus mitos y leyendas. Con el afán de edificar nacionalismos, los ideólogos patriotas indagan en el folclor y en las tradiciones que constituyen los puntos más comunes a la hora de investigar al pasado remoto, lleno de supersticiones.

En un siglo tan nacionalista como fue el XIX y cuando las líneas fronterizas dibujadas en los mapas comenzaron a quebrarse debido a que cada vez más territorios se independizaban, fue en estos momentos cuando abundaban los cazadores de leyendas. Por ejemplo, las guerras napoleónicas despertaron en los escritores alemanes un nuevo sentido de la identidad nacional, mientras crecía su admiración por individuos heroicos como lo fue Napoleón. Igualmente, los cuentos populares y la mitología recibieron atención en las óperas de Richard Wagner, los hermanos Grimm o en la mitología élfica descrita por Ludwig Tieck en sus relatos fantásticos.

Por esos tiempos, Washington Irving (1783-1859) hacía lo propio: llevar historias a su nación, unos Estados Unidos jóvenes que le hacían falta leyendas que contar. Así, Irving no tenía reparo en gastar en viajes y recorrer la mayor parte de Europa. Esto le permitió publicar por su cuenta (tanto en el Reino Unido como en los Estados Unidos) la obra que terminó de consagrarlo como un escritor de éxito y de renombre en América y en Europa y que tituló como *El Cuaderno de apuntes del Sr. Geoffrey Crayon* (1819-1820). Crayon, evidentemente, era el mismo Irving en la piel de otro personaje con una personalidad y estilos propios. Aunque no es motivo de este ensayo, la vida de Washington Irving es digna para leerse en otro momento: siendo niño, tuvo la oportunidad de conocer a uno de los Padres Fundadores de los Estados Unidos, George Washington. Este hecho fue tan notable en su vida que dedicó a escribir, por muchos años, *La vida de George Washington* (dividida en 5 volúmenes). Destaca también su paso por la diplomacia como Embajador de los Estados Unidos en España y cuya estancia fue puente para otra de sus grandes obras: *Cuentos de la Alhambra,* compilación de leyendas del pasado árabe en la península ibérica.

Un bloque temático muy importante en este *Cuaderno* es el

formado por el paisaje urbano y rural de Inglaterra, y que abarca un buen número de ensayos e historias, entre las cuales destaca "La Navidad", que describe las tradiciones y celebraciones de una familia de la nobleza inglesa. Estos relatos impactaron tanto en el imaginario del estadounidense decimonónico que contribuyeron al resurgimiento de esa fiesta en los Estados Unidos. Vale mencionar también que el éxito más importante de Irving fue su obra *Una historia de Nueva York* (1809), que narra una historia satírica de la antigua colonia holandesa Nueva Amsterdam. En sus páginas, se habla de San Nicolás (un obispo cristiano que inspiró mitos y tradiciones en Europa vinculados al invierno y a los niños) y que en sueños se aparecía a un marinero holandés montando un carro en el que llevaba regalos a los niños y rondaba por encima de los árboles de la muy joven isla Manhattan. Ese mismo libro dio pie a que el pseudónimo con el que Irving firmaba, Diedrich Knickerbocker, se asociara con la ciudad de Nueva York, al punto al que los habitantes se autonombraban *knickerbockers* (de ahí el nombre del equipo de baloncesto *New York Knicks*). Por si fuera poco, Irving usaba el nombre de Gotham (en inglés antiguo significa "ciudad de la cabra") como alias para Nueva York. Un siglo después, Bob Kane rescatará el nombre para ambientar la ciudad habitada por Batman.



Mónica Oltra

A 200 años de haberse publicado, *La leyenda de Sleepy Hollow* (1820) (a veces conocida como *La leyenda del jinete sin cabeza)*,[1] ha sido un referente en las historias de horror del folclor americano, específicamente en la imagen moderna de la fiesta de Halloween, con sus fríos y oscuros bosques otoñales y sus calabazas talladas a imitación de cabezas grotescas. Para escribirlo, Irving

1 Este cuento gótico forma parte de un ciclo de leyendas junto a *La leyenda del astrólogo árabe* y *La leyenda del soldado encantado*. En estos textos, el autor mezcla el ensayo con la crónica para dar lugar a un subgénero literario parecido a un cuento fantástico.

no necesitó alejarse mucho de su Nueva York natal. Se cree que la historia llegó al conocimiento de Irving en 1809, periodo en el que vivió al norte del río Hudson, sitio en el que se ubicaría el poblado de Sleepy Hollow. Allí comenzó a construirse lo que sería su morada: Sunnyside, una gran casa de campo que en su momento recibió a importantes escritores y políticos estadounidenses.

La leyenda del jinete sin cabeza se trata de uno de los muchos cuentos populares de jinetes sin cabeza en el mundo, que abarcan desde los cuentos alemanes de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm hasta la mitología escandinava o la leyenda celta de Dullahan, el jinete sin cabeza que carga su cabeza bajo el brazo montado sobre un caballo negro.

Quizás uno de los cuentos populares en los que Irving pudo haberse inspirado son las llamadas "Cazas salvajes". Estos cuentos siempre implican un grupo espectral o sobrenatural de cazadores. Las historias de estos singulares personajes, de acuerdo a cada folclor, van desde elfos, muertos vivientes y hadas. Quien atestigüe la caza se presagiaba alguna catástrofe, una guerra o, en el mejor de los casos, la muerte de una persona. Dependiendo de la región de la leyenda, este grupo puede ser liderado por un guerrero o por un monarca, como fue el caso del Rey Arturo en Gran Bretaña, o por una deidad, como el nórdico Odín montado a lomos de su caballo Sleipnir.

Ahora bien, no es casual que el autor ambientara Sleepy Hollow en una "triste noche otoñal". El jinete trota con una fuerza sobrenatural, indiferente a los espectadores, en una eterna carrera contra el ocaso. La figura de Ichabod Crane, a quien Disney en su versión de 1949 lo personifica tal y como Irving lo describe en su obra, continúa transmitiendo el miedo derivado de un ambiente lúgubre y de la figura de un jinete, pero sin cabeza. En cambio, la versión de Tim Burton de 1999 y sustancialmente modificada de la historia original, nos ofrece una célebre interpretación de Christopher Walken en su papel de jinete: ojos pardos, dientes afilados y mirada despiadada.

Para su ambientación, Irving relata esta historia macabra en el valle del Hudson, sitio de silencio y pasividad. El autor lo describe así:

No lejos de esta población, quizás a unas dos millas de distancia, hay un pequeño valle que constituye uno de los lugares más tranquilos del mundo. Un pequeño arroyo discurre plácidamente a través de él, murmullando solo lo justo como para inducirnos al sosiego con su arrullo, y el silbido ocasional de la codorniz o el golpeteo del pájaro

carpintero son prácticamente los únicos sonidos que turban alguna vez la continua calma del lugar.

Incluso, Irving describe la zona como un espacio en el que abundan leyendas, rincones encantados y supersticiones relacionadas con estrellas fugaces, o bien, embrujos de antiguos jefes indios.

Como antecedente a la historia del jinete, durante la Guerra de Independencia de 1776, las fuerzas militares de George Washington se vieron obligadas a retirarse desde Manhattan. En la célebre batalla de White Plains, los líderes británicos decidieron enviar a los jinetes de Hesse-Kassel, mercenarios alemanes con una aterradora reputación. Ya en el campo de batalla, la suerte de uno de estos mercenarios no fue favorable y una bala de cañón le arrebató la cabeza. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Sleepy Hollow. Desde entonces, el jinete cabalga por el valle de Sleepy Hollow buscando su cabeza, o bien, sustituirla por la de otras personas. Como vemos, esta historia resulta ser uno de los pocos ejemplos de mitología estadounidense y vincula el paisaje bucólico, las costumbres, la moral y lo sobrenatural con la historia de la fundación de los Estados unidos.

En el texto de Irving existe un elemento poco estudiado y se trata del misterio que encierra el personaje de Ichabod Crane y que, dicho sea de paso, no es un personaje ficcional sino el nombre de uno de los mejores amigos del escritor neoyorkino. Como se narra, pareciera que Sleepy Hollow no cuenta únicamente con un fantasmagórico jinete sin cabeza, sino que también en sus verdes praderas trota el espigado maestro de escuela a quien nadie en el pueblo lo llega a conocer del todo. Irving lo describe así:

Era oriundo de Connecticut, un estado que suministra a la Unión a pioneros tanto del conocimiento como de los bosques y envía cada año legiones enteras de leñadores fronterizos y maestros rurales. El apellido de Crane no resultaba nada inadecuado para su persona. Era alto, pero extremadamente delgado, con hombros estrechos, brazos y piernas largos, manos que colgaban a una milla de sus mangas y pies que podrían haber servido como palas [...] Tenía la cabeza pequeña y chata por arriba, con enormes orejas, grandes ojos verdes y vidriosos y una nariz larga y fna [...] uno podría haberlo confundido con el fantasma del hambre descendiendo a la tierra o con algún espantapájaros huido de un maizal.



Mónica Oltra

Ichabod era, quizás, el verdadero fantasma del valle de Hudson. Una persona que solo aparecía a la luz del día; su morada era la escuela en la que se enseñaba a los niños del vecindario; se esfumaba sin dejar rastro y con pocos testimonios físicos de su existencia. Un espectro que parece inoportuno en los sombríos parajes de Sleepy Hollow. Los personajes y el paisaje parecieran que están detenidos en el tiempo, aunque no ofrecen el extraño halo que envuelve la figura de Ichabod Crane, poseedor de cierta sensibilidad artística y de algunos defectos muy humanos como la glotonería o el ser muy enamoradizo.

Muy pocos llegaron a hablar con él hasta aquel día en que Katrina Van Tassel, la acaudalada de la zona, lo invitó a una fiesta familiar. Enamorado de la anfitriona y después de haber declararado su amor, Ichabod marcha hacia su casa y es perseguido por el jinete, atravesando el puente que cruza el río hasta el cementerio de la iglesia holandesa. Ichabod, confiado en que una vez cruzado el puente el jinete se desvanecería, en un "fogonazo de fuego y azufre" ve con horror cómo la figura espectral se puso de pie sobre sus estribos lanzando su cabeza.

Por la mañana del día siguiente, Ichabod desaparece en misterisas circunstancias dejando en el camino a su caballo Pólvora, su sombrero, la silla de montar pisoteada y una misteriosa calabaza hecha pedazos. Los habitantes del poblado creen que su desaparición fue producto de una maldición y su leyenda sigue contándose en las noches de invierno. Desde luego el puente donde se fraguó la persecución fue punto de supersticiones de todo tipo; la escuela en la que enseñaba estuvo abandonada y los niños no tenían reparo en contar sobre las apariciones del lánguido Crane, entonando salmos melancólicos entre la tranquilidad de Sleepy Hollow.

Ahora bien, ¿qué hubiera pasado si la leyenda fuera simplemente de un jinete fantasmal? Seguramente el texto de Irving no hubiera tenido tanto éxito. El desagregar a la persona y hacerla decapitada, resulta tener mayor impacto en el terror psicológico. Es en la cabeza donde reside la humanidad. Es decir, en la decapitación existe un gesto de deshumanización.

También hay una imagen antropológica, muy antigua y en diversas civilizaciones, en el que la cabeza cortada enarbola el trofeo absoluto del enemigo. Desde los mexicas hasta los islamistas más radicales, la decapitación es un arma psicológica muy poderosa. En la cabeza radica la razón y los sentidos; sin ella, solo es oscuridad y la nada. La decapitación siempre fue, por tanto, un ejercicio de poder absoluto. Como asociamos nuestra identidad con el cerebro (y no tanto con el corazón), el acto de cortar la cabeza ataca a la esencia de individualidad: memoria y racionalidad. Y también al poder.

Freud, en su obra *La Cabeza de Medusa* (1922, articula el horror al campo de la mirada. Según él, la cabeza de la gorgona es el símbolo del horror en la mitología griega. Freud plantea la cabeza decapitada como metáfora de la castración. El terror de la decapitación es, en el universo freudiano, un terror a la castración, terror asociado a una visión.

En el texto de Irving, el jinete cabalgará cada noche en búsqueda de su cabeza (una especie de Sísifo nocturnal). Su personificación es una especie de *sinsentido* espectral. Y menciono *sinsentido* no solo por el simple hecho de que la cabeza nunca la va a encontrar, sino también por las intenciones de atacar brutal, ciega e irracionalmente a cuanta pobre alma se le atraviese en su camino. Obtener una cabeza, darse cuenta que no es la anhelada y cazar otra *ad infinitum*. Ahí radica el terror psicológico.

El texto rescata el valor de la superstición entendida no como creencia de acciones o hechos irracionales, sino como valor agregado de crear folclor, leyenda, comunidad e identidad de una población. *La leyenda de Sleepy Hollow* es, además, un retrato de lo que en el siglo XX y XXI hemos sidos testigos en el cine. *La Aldea* (2004) y *La Bruja* (2015), son retratos de los más profundos miedos, supersticiones y creencias de los quakers o colonos americanos y cuya importancia radica en la construcción discursiva del folclor del suspense americano.

A 200 años de su publicación, la mayor fuerza de *La leyenda de Sleepy Hollow* de Washington reside en ser parte del canon literario americano; en que, por su originalidad, ha logrado trascender épocas y fronteras. Irving logró ser un eficiente cazador de leyendas y esta es una en la que el americano seguirá contándola cada noche de invierno. Pero el texto es también la narración de un jinete decapitado que representa, con su resonancia fantasmal, la antigua violencia colonial intimidada por el retorno de un espectro vengativo.



Sin título, Irina Tall



Plus-ultra^0, Alejandro Avila



De la serie De paso, Aníbal Camacho



BordeLuz, Itzayana SGC



De la serie De paso, Aníbal Camacho



Soy un fantasma, Ignacio Navarro



Espirales y escaleras I, Triana Poleth



Espirales y escaleras III, Triana Poleth


PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO
Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:
CURSO DE APRECIACIÓN LITERARIA
TALLER DE ESCRITURA CREATIVA
CURSO DE ANTROPOLOGÍA LITERARIA
TALLER DE LECTURA
Para más información escribe a:
CONTACTO@PORESCRITO.COM

diario de mar.

Salvador Galván

miércoles.

comenzaba a hartarme de la playa y del calor, de no poder leer todo lo que quería y de no poder hacerlo a gusto —en la playa, el viento propulsado por las olas revoloteaba las páginas de mi libro, se llevaba mi separapáginas.

fuimos a desayunar. esta vez en el "marché" en vez del "mexicali" porque nos pareció más lindo —y hoy no estaba tan lleno. como ayer, me serví hotcakes con tocino y jugo de naranja.

regresamos a la habitación. luego pasamos al oxxo por botana.

fuimos los primeros en llegar al club de playa, así que tomamos los camastros más cerca del mar.

miranda voló su papalote y otra vez rentamos una cuatrimoto.

le pidió a mamá que fuera a conducirla con ella; aceptó, pero solo por 5 minutos. después, me senté detrás de miranda mientras ella manejaba. al cabo de 15 minutos, era mi turno.

habíamos atravesado toda la playa —todo a lo que teníamos acceso; nos topamos con pequeñas banderas rojas que enclaustraban un pequeño callejón, de un lado, y del otro, con vallas de madera que delimitaban una callejuela similar. decidimos que era mejor no ir más allá. varias veces, fuimos de ida y vuelta entre estos dos límites.

pasamos restaurantes, bares, sillas y camastros, lotes sin dueño en donde crecía pasto salvaje, trechos de arena repletos de peces muertos, troncos de árboles carcomidos por las olas…

la media hora estaba a punto de concluir. planeaba manejar de regreso adonde habíamos rentado la cuatrimoto, para luego volver a los camastros donde descansaban nuestros padres, bajo el sol.

una niña cruzó la playa.

sin siquiera darse cuenta de que avanzábamos en su dirección, caminaba alegremente hacia el mar.

los frenos no servían. la atropellé. pasó debajo de la cuatrimoto.

no recuerdo todo. mi recuerdo es vago, difuso.

sé que me quedé paralizado, frente al volante, con la boca abierta.

que miranda se bajó rápidamente de la cuatrimoto.

que un hombre de pelo cano se me acercó, tomó el volante y me preguntó *cómo se me ocurría manejar tan rápido en una playa con niños.*

yo balbuceé una respuesta antes de decir, una y otra y otra vez, "los frenos no servían".

sin darme cuenta, más y más gente se acumulaba a mi alrededor.

los frenos no servían, los frenos no servían

algo me golpeó en la nariz.

no supe de dónde vino. pero ya no traía mis lentes de sol puestos y ya no estaba sobre la cuatrimoto.

miranda me gritaba que corriera.

los frenos no servían los frenos no servían los frenos no servían

dolor mudo y punzante. luego sangre.

el hombre de pelo cano ahora me ofrecía una servilleta, los frenos no servían,

entiendo, entiendo.

miranda lloraba.

¿estás bien? pero, ¿estás bien? salva, te pegaron...

lloraba más fuerte.

volteo a un lado y un hombre con cara de supliciado me mira fijamente; aprieta los puños y me mira fijamente. intentan contenerlo.

los frenos no servían

¿cómo está la niña?

está bien. no le pasó nada, gracias a dios. el golpe la derribó y luego pasó debajo de la cuatrimoto sin más. pero las llantas no la arrollaron. ahí está, caminando, jugando con la resaca.

los frenos no servían los frenos no servían los frenos

una mujer, que pudo haber sido la madre del hombre que,

aprendí, me golpeó, nos acompañaba ahora a miranda y a mí de regreso al club de playa.

no te limpies la sangre, para que vean que te golpearon. déjalos ver…

encontramos a mamá, sobre una cuatrimoto, de camino al lugar del accidente para ver cómo estaba la niña.

me vio. le agradeció a la señora por habernos acompañado. le dijo que iría en busca del hombre que me hizo eso.

es mejor que no, es una persona agresiva.

llegamos al club de playa. guardamos todo lo más rápido que pudimos. nos dirigimos a la salida.

miranda buscaba su teléfono frenéticamente. rompió su frasco de conchas y arena. comenzó a llorar aún más fuerte.

nos subimos al coche.

los de las cuatrimotos bloqueaban la salida. nos pedían que nos "responsabilicemos".

mamá pensó que uno de ellos era el hombre que me había golpeado. salió a confrontarlo, pero se dio cuenta que se equivocaba y volvió a meterse al coche.

papá bajó la ventana y les preguntó qué querían.

yo lloraba. miranda lloraba. mamá gritaba.

salimos.

nos encaminamos hacia el hospital magallanes —el único hospital privado que mamá conocía en este pueblucho guajolotero.

40 minutos de camino.

qué salvaje. ¿cómo se le ocurre? golpear a un niño. ni siquiera vio cómo estaba su hija antes de soltarte un puñetazo. bien que la dejó libre como el viento, sin fijarse en las cuatrimotos, sin ver qué chingados estaba haciendo, pero cuando algo le pasa… ah, ahora resulta que sí tiene un papá, ¿eh?

no pensaba. náuseas.

y tú tenías miedo, mirrus, más miedo que salva…

vista borrosa. la mitad de mi cara ya no me pertenece. apenas puedo abrir el ojo derecho.

qué asco. y qué coraje. sí dan ganas de

llegamos a urgencias.

me tomaron la presión, la frecuencia cardíaca.

¿cómo te lastimaste?

los frenos de una cuatrimoto que estaba manejando no servían.
atropellé a una niña, y su papá me golpeó.
¿cuántos años tienes?
dieciséis.
qué salvajada. ¿cómo se les ocurre…? ¿qué le pasó a la niña?
era muy pequeña. por suerte pasó perfectamente debajo de la cuatrimoto. estaba bien. la vi jugando.
me tomaron dos radiografías.
parece que hay una fisura en la nariz…
tragaba toda la sangre que se empozaba en mi garganta.
se tomaron su tiempo su tiempo su tiempo para darnos la receta médica.
vomité del dolor.
me inyectaron un analgésico en la pierna.
me pusieron vendoletes y árnica.

¿qué estaba pensando?
los frenos no servían los frenos no
…

viernes.

desayunamos.
pasamos al oxxo.
carretera de regreso. escuché “too bright” de perfume genius.
valle, mi valle, bajo la lluvia.

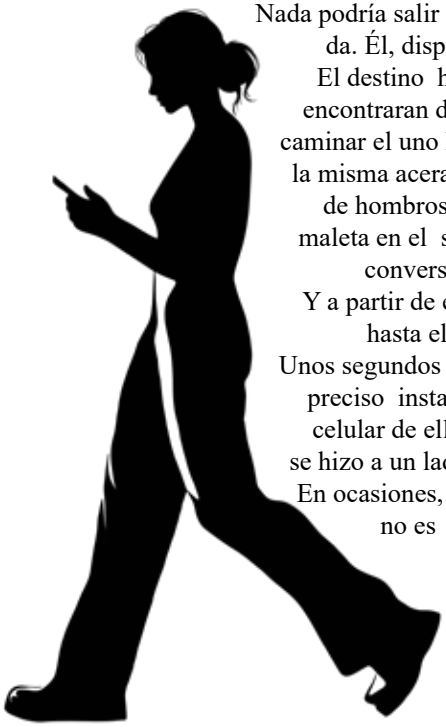
ahora ya no nos vamos tan tristes, no nos trataste muy bien…



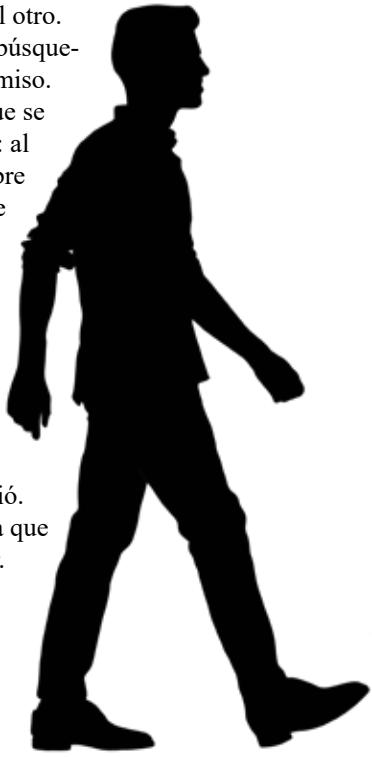
Ilustraciones: Ivonne González

Más de un jugador

Nancy Verver



Estaba escrito. Eran el uno para el otro.
Nada podría salir mal. Ella, en su búsqueda. Él, dispuesto al compromiso.
El destino había decidido que se encontraran de manera casual: al caminar el uno hacia el otro sobre la misma acera; un sutil choque de hombros, bolsa tirada, maleta en el suelo, inician la conversación…
Y a partir de ese momento hasta el final.
Unos segundos antes de aquel preciso instante, sonó el celular de ella; se detuvo, se hizo a un lado, y nada sucedió.
En ocasiones, el destino olvida que no es el único jugador.



Eternamente en el desierto

Pato Soní Dillmann



dunas de arena que se perdían en el horizonte bajo el implacable sol del mediodía. Aunque el calor nunca había sido un problema para él, sus labios resecos y el crujir de la arena calentándose empezaban a hacerle sentir incómodo. Consciente de que nunca volvería a casa, Dilo empezó a caminar.

El oasis de Campbell era un refugio para todas las criaturas del desierto, con su lago centelleante, arbustos espinosos y palmeras altas. Entre una de ellas, curiosamente, se encontraba una vieja y oxidada lata de sopa. En este lugar de armonía, Dilo había encontrado un hogar. Cerca del oasis, había un risco donde todos los animales se reunían para contemplar el atardecer.

Un día, impulsado por su curiosidad innata, Dilo preguntó a su madre: —¿Cómo llegó esa lata hasta aquí? —Ella respondió: —Hay muchas historias, pero lo único cierto es que no es del desierto—. Aquella respuesta dejó a Dilo pensando *¿existiría algo más allá del desierto?*

Una mañana, mientras se acercaba al abrevadero para refrescarse, Dilo notó que otro joven armadillo, de un peculiar color negro, también admiraba la vieja lata de sopa. —¿Sabías que esa lata no es del desierto?— comentó Dilo. El otro armadillo,

confundido por un instante, respondió amigablemente: —Viene de muy lejos. Alguien la dejó ahí, los mismos que la crearon. Más allá de las dunas hay tierras donde el sol no castiga con su mordida durante el día.

—Me encantaría ver esos lugares.

—A mí también.

En ese momento, la madre de Dilo le llamó. —Debo irme. Adiós—, dijo Dilo despidiéndose de su nuevo amigo. —Me llamo Mastro— respondió el armadillo negro. Dilo lo miró cálidamente y se marchó. Aquel fue el comienzo de una amistad duradera. Siendo los únicos armadillos jóvenes en el oasis, Dilo y Mastro veían en los ojos del otro a un hermano. Y en esa mirada, Dilo siempre se sintió en casa.

Una tarde, varias semanas después, en el oasis de Campbell donde todos los animales solían reunirse para ver el atardecer, ocurrió algo inusual: no había atardecer. El horizonte estaba cubierto por una cortina opaca que se tornaba cada vez más oscura. De repente, un fuerte viento azotó el lugar, levantando a los pequeños roedores por el aire y haciendo que los pájaros huyeran despavoridos. Todos corrieron hacia sus madrigueras buscando refugio. Dilo seguía a su madre cuando la nube opaca envolvió el oasis por completo. Solo se escuchaban gritos y chillidos, hasta que de pronto todo quedó en silencio. Todo lo que Dilo podía ver era oscuridad, mientras el viento cargado de arena lo levantaba y lo arrastraba con sus ráfagas.

Dilo despertó aturdido, sin saber cuánto tiempo había pasado, pero consciente de su sed en medio del desierto. A su alrededor solo había cactus y algún que otro pájaro a lo lejos. *Tengo que encontrar agua,* pensó, y comenzó a caminar hacia las dunas.

Caminó y caminó, y cuando creyó que no podía seguir, siguió caminando. De pronto, algo brilló bajo el sol entre unos arbustos: *¡agua, por fin!* El joven armadillo corrió hacia los arbustos. El agua estaba dentro de un gran contenedor de plástico, algo que Dilo nunca había visto antes. Solo quedaba un sorbo. Sus pequeñas garras se acercaron a la boca del contenedor para beber.

Justo en ese momento notó entre las dunas cercanas algo negro, alguien que se destacaba como un trozo de carbón sobre la nieve. Era imposible no notarlo.

Mastro pensó Dilo con esperanza.

Dilo corrió hacia su amigo, pero Mastro parecía irreconocible como una fruta vieja y seca. La respiración del joven armadillo negro era apenas un débil silbido que se perdía con el viento. Sin embargo, lo que más llamaba la atención era su lengua, completamente seca y cubierta de arena. Sin pensarlo, Dilo corrió hacia el contenedor de agua y, con gran esfuerzo, lo arrastró hasta Mastro, dejando un rastro en la arena detrás de él. Utilizó todas sus fuerzas para verter la escasa agua restante directamente en la boca de su amigo. Después de hacerlo, se quedó a su lado, esperando ansiosamente alguna reacción.

Lentamente, Mastro comenzó a parpadear. Con voz rasposa pero teñida de cariño, murmuró: —Dilo, ¿qué ha pasado?— Con la vista fija en su amigo, Dilo le explicó cómo había encontrado el agua y lo que había ocurrido en el oasis.

Mientras Mastro se tambaleaba ligeramente, con una mirada confundida tras levantarse, unas nubes de pronto taparon el sol. Dilo sintió miedo y levantó la mirada al cielo, pero un pequeño susurro, apenas perceptible, le indicó que la amenaza no venía de allí. Por el camino que había dejado el contenedor de agua en la arena, se divisaba un pequeño montículo acercándose hacia Dilo y Mastro. Dilo sintió miedo mientras Mastro lo observaba con admiración. Cuando el montículo llegó hasta ellos, reinó el silencio por un momento, hasta que una serpiente, dorada y fuerte, emergió y los miró con una mirada fría que lanzó un escalofrío a través del caparazón de Dilo.

—Qué lindas patas —Dijo la serpiente con una voz fría y silbante—. Yo solía tener patas.





Dilo y Mastro estaban congelados ante la presencia de la serpiente, la cual parecía disfrutar al ver sufrir a ambos armadillos.

—Pero las mías no temblaban tanto—. La serpiente resaltó mientras dejaba escapar una malintencionada risa.

Los armadillos intercambiaron miradas confundidas.

—Díganme, leprosos —Comenzó a decir la serpiente mientras lentamente daba vueltas alrededor de los armadillos— ¿Qué hacen tan lejos de casa?

—Estamos perdidos. —Respondió Dilo con una voz temblorosa.

—No tengo patas, pero sí tengo ojos. —Respondió la serpiente con frialdad.

—Nuestra casa se destruyó. —Dijo Mastro— No sabemos a dónde ir.

La serpiente se detuvo frente a ellos.

—Pero sé a dónde quieren llegar. —Dijo la serpiente, fijando su mirada hacia el horizonte—. Ustedes buscan algo más, un mundo más allá. La tormenta de arena para ustedes dos.

—¿Cómo sabe sobre la tormenta? —Preguntó Dilo, sospechoso.

La serpiente no se molestó en mirarlo mientras seguía hablando.

—Yo puedo llevarlos allí. —Las orejas de Mastro se levantaron con curiosidad mientras el sol se ponía detrás de ellos.

—¿Puedes? —Preguntó Mastro con emoción, acercándose a la serpiente.

Dilo se quedó parado, observando la escena.

—Claro —dijo la serpiente, abrazando al armadillo negro con su cola—, es más, para que sepan que soy de fiar les diré el camino. Observen el atardecer.

Los tres animales se colocaron lado a lado para mirarlo.

—Lo único que tienen que hacer es ir directamente al lado

opuesto y encontrarán lo que buscan, pero debo advertirles, es muy peligroso, necesitarán a alguien que los cuide en el camino—. Dijo la serpiente.

—¿Qué debemos hacer? —Preguntó Mastro.

Dilo miró la arena bajo sus patas; algo no le permitía confiar en la serpiente.

—Nada difícil —dijo la serpiente—. Solo la próxima vez que encuentren agua, tráiganmela a mí antes de beberla.

—Pero estamos en medio del desierto. —Dijo Mastro.

—No creo que tengan mucha dificultad —Dijo la serpiente enroscándose en el contenedor vacío de agua—. Tu amigo es bueno encontrando agua.

Mastro miró a Dilo, casi con envidia de ser reconocido por la serpiente.

—Cuando la encuentren, tráiganla a los arbustos donde encontraron este contenedor y yo los llevaré al camino. —Dijo la serpiente, bajando lentamente del contenedor y escondiéndose en la arena.

El viento de la noche comenzó a soplar, levantando pequeñas
partículas de arena en el aire. Dilo y Mastro estaban parados lado a lado en silencio.

—No confío en la serpiente. —Dijo Dilo.

—No seas tonto — Respondió Mastro sin mirar a los ojos a Dilo—. Ella nos llevará al camino. Ahora vamos a buscar agua.

Mastro comenzó a caminar y Dilo lo siguió. Dilo no había bebido ni una gota de agua y estaba comenzando a sentir su garganta como la arena sobre la que caminaban, fría y rasposa.

Mientras las estrellas comenzaban a brillar, los dos armadillos caminaban sin rumbo en el desierto, hasta que de pronto Dilo pisó algo que hizo un ruido rechinante.

—Rápido —Le dijo Dilo a Mastro—. Ayúdame

a escarbar.

Ambos armadillos excavaron rápidamente con sus filosas garras, y pronto tenían una botella transparente de agua frente a ellos.

—La serpiente tenía razón —Dijo Mastro, admirando el hallazgo—. Eres bueno encontrando agua.

Dilo comenzó a desenroscar la tapa cuando Mastro lo detuvo.

—Hay que llevarla con la serpiente —Dijo Mastro, recordando la condición de su acuerdo—. Tú escuchaste lo que dijo.

Pero Dilo tenía mucha sed y no confiaba en aquella serpiente, entonces solo miró a Mastro y siguió desenroscando la tapa hasta que la logró quitar. Apenas pudo beber una gota cuando sintió un arañazo en su ojo izquierdo. Dilo se quedó congelado un momento, volteó a ver a Mastro pero este ya no era negro, ahora era escarlata y estaba mostrando sus dientes.

—No tenemos lugar al cual llamar hogar —Dijo Mastro, empujando a Dilo—. Todos los animales que conocemos están muertos, no me vas a arruinar esto.

Dilo no tenía palabras, el dolor en su ojo izquierdo no era nada comparado con lo que sentía al ver a su amigo así. Mastro tomó la tapa de la botella y antes de cerrarla escupió dentro de ella.

—Así me aseguraré de que no te den ideas.— Dijo Mastro, tomando la botella y comenzando a caminar, dejando a Dilo solo en el desierto.

Dilo caminó en la dirección contraria con una sola esperanza en mente, salir de este desierto. Cuando el sol salió a la espalda de Dilo, no había nadie a su alrededor. Su corazón le pesaba por su amigo y su cara ardía con el sol, tendría que acostumbrarse a mirar con un solo ojo. Cada vez que tenía sed y sentía que ya no podía más, miraba hacia arriba, al cielo, y encontraba las fuerzas necesarias para seguir. A mediodía, notó un pequeño punto negro a la distancia detrás de él. Dilo reconocería ese pedazo de carbón en cualquier lugar, y con esperanza se detuvo. Poco a poco Mastro se acercaba, tenía rasguños en la cara y la botella de agua había desaparecido. Dilo sintió un poco de satisfacción, ya que fácilmente dedujo lo que había sucedido: la serpiente lo había engañado, pero

se sentía triste de ver a su amigo así, entonces lo esperó. Pasaron varias horas hasta que Mastro lo alcanzó. Por un momento se quedaron en silencio, pero Mastro le soltó una mordida a Dilo. Fue ahí cuando Dilo se dio cuenta de que su amigo ya no estaba ahí, entonces, sin decir ninguna palabra, siguió caminando.

El desierto no perdona. Pero Dilo, el armadillo, sí. Cuando volteó hacia atrás vio a Mastro, caminando atrás en la distancia. Dilo se detuvo un instante, lo miró y se dio cuenta de que él siempre lo seguiría. Suspiró, y cuando estuvo listo siguió caminando, sin mirar atrás. En ese momento, Dilo el armadillo supo que no estaría eternamente en el desierto.



Ilustraciones: Mónica Oltra

Cuatro cantos a un abusador (que no existe)

María Borja Treviño

Lo que se presenta a continuación es una especie de cuento, un ejercicio de escritura creativa. No debe de tomarse en serio, ni mucho menos en cuenta. Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

I. ¿Aprendiste algo?

Hace tres años y unos meses me abusaste. Hace dos, decidí alzar la voz y denunciar públicamente. A veces creo que tú ya no te tomas la molestia de pensar en mí, en el daño que me hiciste, en cómo me lastimaste. Tristemente, yo no puedo pasar un mes completo sin recordar todos los eventos que se desencadenaron a causa de tu agresión. Hay días en los que repentinamente sufro ataques de ansiedad. Ahora, el estrés post-traumático es mi compañero de vida; y no es para menos, si lo piensas: duermo en el cuarto donde me hiciste víctima.

¿Tú cómo estás? ¿Aprendiste algo? ¿Sigues violentando mujeres? ¿Te arrepientes? ¿Por qué cuando nos topamos en persona hace un año y cacho en ese antro no pudiste ni acercarte a mí? ¿No crees que lo mínimo que me debes es una disculpa? Luego recuerdo la calidad de persona que eres y entiendo con quién estoy hablando.

Me gustaría empezar por el principio y en orden cronológico. ¿Estamos claros en que tenemos prácticamente toda la vida de conocernos? Fuimos a la misma escuela, nos cruzamos en los pasillos, nos vimos en reuniones y platicamos. En años recientes, incluso, pertenecimos a un círculo muy, muy cercano.

Ahora, regresando a los hechos importantes. En **julio del 2021** fui internada en el Pabellón 9, el ala psiquiátrica del Hospital Español, como consecuencia de un brote psicótico. En su momento, se creyó que se debía al COVID. Hoy sabemos, tras haber sido diagnosticada con bipolaridad, que fue un primer episodio de manía.

Estuve ahí once días interna, recibiendo un tratamiento increíblemente invasivo, que en un punto incluyó una intervención para ponerme un

catéter en el cuello por donde pasaban dosis altas de los medicamentos y sedantes más fuertes. Como los doctores no veían progreso en mi estado, casi recibo electrochoques . Bajé más de 10 kilos en menos de 20 días.

II. ¿Te enteraste?

Comencé a mejorar poco a poco. La posibilidad de ser dada de alta se puso sobre la mesa. El 20 de julio se acordó, entre varios psiquiatras y profesionales de la salud, que podía salir del hospital con un alta a medias. Era evidente que no estaba bien.

Regresé a mi casa con atención y vigilancia de enfermeras quienes me cuidaban 24/7. ¿Te enteraste? Seguro dirás que no tenías idea. Me cuesta trabajo creerte. No porque no seas de fiar, sino porque durante este tiempo personalmente compartí en mis redes sociales lo que me había pasado. Sin mencionar, claro, que tu mejor amigo es uno de mis familiares. Supongo que en algún momento te mencionó la terrible situación que se estaba viviendo en su casa.

En fin, pasaron unos días más y se decretó que la supervisión de las enfermeras ya no era necesaria. Ojo, esto no equivale a que estaba recuperada. Por mi organismo seguían transitando las medicinas. No estaba en mis cinco sentidos, ni cerca de ser capaz de tomar decisiones con implicaciones serias. En pocas palabras, yo no estaba bien.

Apenas **18 días** después de mi media alta del hospital, se celebró un evento en mi casa (también casa de tu mejor amigo). Sinceramente yo no estaba en posición de atender eventos sociales, pero concluí que al ser mi casa, entre mi gente, no corría ningún peligro.

Por más que no estaba en buenas condiciones, recuerdo bien lo que ocurrió. Ya estábamos bastante tomados todos, yo contra indicaciones médicas. Poco a poco, la gente se empezó a ir. Entonces, sin conversar, tomaste mi mano (¿olvidaste que siempre fuiste tú el que iba adelante?) me subiste por las escaleras al piso donde están las recámaras y entraste a mi cuarto. Sigo sin comprender cómo sabías cuál era el mío. Ya adentro dijiste "cierra las cortinas", procediste a ponerte encima de mí.

En ese momento no sentía que estaba viviendo eso. Lo recuerdo como una experiencia extra corporal, donde lo único que tenía claro era que ibas a seguir actuando sexualmente sobre mí. Como un movimiento mecánico me quité los pantalones. Paraste, a veces me pregunto si el hecho de que fui yo (aunque evidentemente no me encontraba en el estado para tomar ésta decisión) quien hizo esa acción causó que te pareciera menos atractivo lo que estaba pasando o te prendió menos la situación. "No, María", me dijiste, como si no hubieras sido tú el que inició todo. "Ya me

voy, me felicitas a (X)". Esas palabras siempre van a mandar escalofríos por mi cuerpo entero.

Te fuiste y ahí acabó. Para ti acabó. Para mí, solo empezaba lo que se ha convertido en la peor pesadilla de mi vida. Al día siguiente, le dije a una persona muy cercana que me sentía mal, incómoda y en general sucia de todo lo que había pasado. "Ay, seguro te vio muy peda y quería ayudarte y por eso te subió a tu cuarto". "Él nunca le haría eso a (X)". Esas fueron las respuestas que recibí.

Antes de digerirlo, no sabía si había sido un "agarrón" con el güey "más guapo de tu generación". Entre confusiones, lo relaté como una anécdota más, hasta que le conté a mi psicóloga. Me contestó: "siento mucho que hayas sido abusada". Pero yo no quería haber sido abusada, e intenté con todas mis fuerzas comprarme la idea de que no había sido el caso. Seguiste yendo a mi casa como si nada hubiera pasado. Me saludabas como si fuéramos amigos, me agarrabas de la cintura y me preguntabas qué había sido de mi vida. Nunca me había sentido tan diminuta.

III. "Escribe el nombre de tu abusador"

Meses después, en la marcha del 8M, una morra con el cuerpo rayado se acercó con un plumón y me dijo: "Escribe el nombre de tu abusador". Fue entonces que pude finalmente ponerle nombre a lo que me habías hecho. Tomé el plumón y escribí (X). Inmediatamente algo cambió en mi interior.

El verano después de que me abusaste, una de mis mejores amigas y yo estábamos en ese antro donde después no tuviste los pantalones de hablarme. No la conocías, nunca habías cruzado palabra con ella y de todas formas pensaste que era buena idea acosarla toda la noche, dándole besos sin su consentimiento, ahora sí en frente de todo mundo. A los pocos días, me marcaste a pedirme perdón por tu comportamiento. "Estaba muy pedo" fue tu mejor excusa.

El **27 de octubre del 2022 te denuncié públicamente** mientras pasaba por un brote psicótico. Esto jugó en mi contra. Para la mayoría, fue muy conveniente decir que todo era un invento mío, que debido a mi condición el abuso no era más que un producto de mi imaginación.

Cuando exploté, yo estaba sola del otro lado del mundo. Ya había pasado un año de no saber qué hacer con tus actos. Regresé a México. Me estaba esperando un equipo de médicos y enfermeras para intervenirme en una especie de internamiento domiciliario. Mi denuncia fue eclipsada por mi diagnóstico y, así de simple, el tema salió de la mesa.

IV. No te confundas

Hoy en día, convivo varias veces a la semana con tu gente más cercana. En mi propia casa, le dicen a mis amigas: "Soy primo de (X). Sí lo ubicas, ¿no?". Mientras yo estoy en medio, sin poder evitar sentirme revictimizada una vez más.

Yo ya fui y regresé de hacer una maestría, conseguí el trabajo de mis sueños, estoy rodeada de personas que amo. No te confundas, he salido adelante, pero no solamente quiero, sino que necesito y merezco justicia.

Te cuento que, cuando eres víctima de un abuso, sientes que si no hablas del tema lo estás evadiendo. Pero si decides alzar la voz, te estás obsesionando. Me rehúso a creer en cualquiera de los dos extremos cuando contamos lo que nos sucedió.

¿Vas a seguir diciendo que todo fue un invento?, ¿que no fue un abuso?, ¿que yo tengo la culpa?, ¿que no fue la primera falta a mi persona agarrarme de la mano y subirme cuando era clarísimo que no estaba en condiciones de nada más que de dormir?, ¿que aunque yo no grité, ni te quite de encima en el momento, no tenías mi consentimiento?

Por mucho tiempo creí que para perdonarme a mí misma tenía que perdonarte. Hoy sé que no es el caso, y que tardaré lo que tenga que tardar; no existe una línea del tiempo cuando se trata de reconstruirse por completo a uno mismo.

Adiós, abusador ficticio. Espero que todos y cada uno de los Días Internacionales de la Mujer te quemen los oídos. También espero que, si llegas a tener una hija, nadie le haga lo que te atreviste a hacerme a mí.

Consciente de que no habrá repercusiones legales en tu contra por el Estado de Derecho que nos "protege", me despido.

Hasta nunca y hasta siempre,
La víctima de un abuso que nunca pasó.

El bailarín de la Doctores.

Ricardo Eugenio Rosendo Ruiz

Recuerdo que se instalaba todos los días afuera del metro hasta que entre la noche del viernes y la madrugada del sábado desapareció. Ahora, cada vez que paso por su banqueta, me es imposible no percatarme del espacio que dejó. En especial hoy, que se cumple una semana de su desaparición.

Me acostumbré a verlo a diario por poco más de un mes y he de admitir que su presencia se sentía como un reloj de fichar al indicarme extraoficialmente el inicio y el final de mi jornada. Pero no es por eso que ahora extraño a ese calvo y jorobado anciano al que observaba unos segundos a inicios del verano.

No me interesa mucho saber cuando se posicionó. La verdad, dudo que sea relevante. Quizá llevaba meses o años en su punto, pudo ser una figura conocida dentro de su comunidad, o haber llegado ese lunes en el que lo vi por primera vez. De cualquier forma, parecía que ese hombre tenía el control sobre algunos metros cuadrados a su alrededor, los cuales formaban parte de una banqueta a escasos metros de las escaleras que se sumergen bajo el suelo.

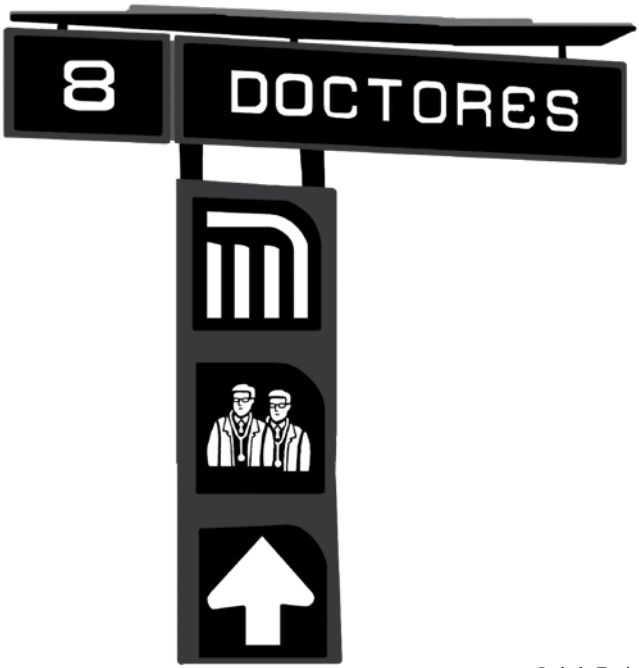
Es claro que no fue el primer hombre en bailar sobre una banqueta. Ni siquiera la primera persona en causar disrupción, pues antes de verlo por primera vez, me percaté de un hombre sin piernas que maldecía a todos a media calle, de una pelea entre pepenadores y de un individuo con escasas monedas dentro de un vaso y una cortada en el torso que permitía que se asomara su hígado milagrosamente adherido a su cuerpo por un plástico film. Aun así, aquel bailarín improvisado se ganó en segundos mi atención por su moda setentera conformada por una desgastada corbata de un rojo que iba entre la sangre y el vino, un viejo saco roto y un arrugado pantalón gris junto a sus gruesas cejas blancas. Eso sin mencionar que en su mayoría era calvo de no ser por unos largos y despeinados cabellos que se aferraban a su deslumbrante cabeza.

No es por romantizarlo, simplemente me acostumbré a verlo. Me cuesta admitirlo, pero creo que en el fondo lo disfrutaba y ahora, siento que nunca me lo podré sacar de la cabeza.

Es claro que nunca volvió, pero después de la primera semana

fue más sencillo acostumbrarme a su ausencia. A veces me siento frente a su zona a mirar de reojo la banqueta con una leve esperanza de verlo regresar. Entre mis descansos para comer y mi camino de regreso, me lamenté por nunca haberle dado una moneda al intentar convencerme de que pude haber hecho que se quedara. Tras concluir mi primer año cambié de trabajo y al ser incapaz de comprar un auto, me sumergí en la estación Doctores.

Han pasado años y me es imposible olvidarme de él, en especial ahora que es evidente lo mucho que he envejecido. Frente a los espejos y el reflejo de los aparadores, noto cada vez más canas junto a pronunciadas entradas. En las mañanas elijo entre un traje viejo y otro heredado a espera de ser liquidado con algún pretexto que me evite rasgar mi jubilación.



Isabela Encinas

En los tacos

Simona Galdina

La neta es que uno se da cuenta cuando un taco está chido o nel. Sí es cuestión de gustos, para gustos sabores, ya sabes, we, pero no se puede negar que cuando un taco está erizo, está culero. Yo he probado chingos de tacos, desde los que se venden de a peso hasta los que se venden en los lugares más fresones, y si algo he aprendido es que no hay un patrón en sí. Unos están caros y otros bien vara; en unas taquerías los taqueros se ven como morritos güeritos que vienen de una familia bien, y en otros un pinche ñor que parece que viene saliendo del reclu, we. Pero eso sí, pinches tacos chingones, we.

Recuerdo de un pinche japonesito que vino a México y que, al regresar a su país, el cabrón se puso a vender tacos. Este, en una entrevista, explicaba que el taco es amor, y que este no se enseña, sino que se aprende. Ese cabrón comprende mejor el alma de los tacos que algunos pinches mexicanos que se mamonean por andar comiendo en lugares bien perros caros, pero que nomás porque se ven medio bonitos ahí están mame y mame. Uno topa luego luego a esa gente que se las da de pudiente y hasta se burla de los que comemos en la calle parados o banqueteando.

Por ejemplo, el pinche Ramiro, we. A ese cabrón le mataron a su carnalito, su pinche jefe se chingó a su jefa y los abandonó, y el cabrón se puso a vender tacos de tripa con su jefecita. Y no mames, ahora me vienen a decir esos culeros que valen más por su pinche fotito en sus pendejas redes sociales que porque tienen un chingo de reacciones y no sé qué mamadas. Pues no, cabrón. La gente que se aferra a comer con el Ramiro y su jefa es el verdadero México, son el comunismo revolucionado donde sí se le ayuda al que lo necesita. Y pinche Ramiro, los tacos que se avienta son una pasada de verga, están de no mamar, y luego con esa salsita de árbol que hace su jefota, pasada de huevos.

Hasta el cómo agarramos y nos chingamos el taco es una pinche poesía, perro. Parece que le andamos metiendo un beso, cabrón. Y hasta uno lo agarra con chingo de cuidado pa' que no se le salga la carnita o se le escurra la salsita con el limoncito. No mames, ya se me hizo agua la boca, ojete.

Neta que al principio me emputaba toda esa gente pedante que

nos llama nacos; pinche gente apretada que hace cara de culo cuando nos ve parados en el camión desde sus carros. Que vayan y chinguen a su madre. Pero ya nel. Ya, al chile, me vale verga. Pinche gente mierda, luego por eso les andan secuestrando a sus chavitos, que es culero por los morros, pero es que también se las dan de que cagan el varo del mundo. Y pues no estamos en uno de esos pinches países ricos donde el varo vale verga y nada más se la viven, según, que en el mundo del arte. Arte el pinche taco, que da de comer a pobres y a ricos y hasta a japoneses. Así que no se me asuste, perro, los malos momentos pasan y esta rachita se le va a terminar pronto. Usted aférrese y no se me achicopale, cabrón.

¿Entonces qué, perrito?, ¿nos chingamos otra orden o qué?



Iker Manuel Alvarez Ortiz

NTR

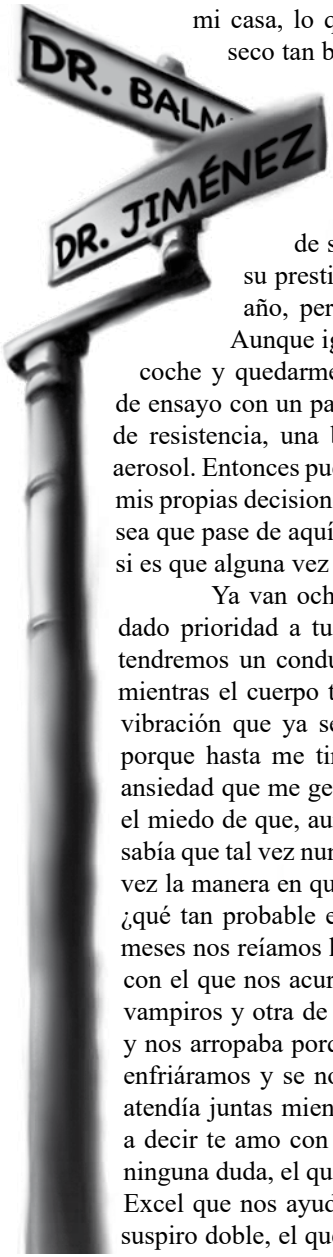
Itzayana San Germán Ceceña

Las llantas rechinaron contra el asfalto mojado, y una estela de luz roja y amarilla se iba alejando y quedando, aferrándose a las grietas del pavimento. Entre mis pestañas temblorosas esperaba ver una luz roja contundente como indicativo de un cambio de parecer, de que habías reflexionado y decidido que el freno podía ganarle al impulso del acelerador, pero igual fue en vano, igual fue muy rápido, igual te fuiste, igual me quedé en esta esquina, Dr. Jiménez y Dr. Balmis.

Con toda la ironía que el universo me podría dar en ese momento, entré en piloto automático, mis manos buscaron lo más rápido que el abismo de una tote bag les permitió hasta que encontraron el celular. Con el tacto frío y sacudido, los dedos pudieron desbloquearlo y se apresuraron a abrir los contactos, pensando en quién sería la mejor opción para salir de un abandono en la colonia Doctores a estas horas de la noche. Enseguida, los mismos dedos fueron más inteligentes que los impulsos de compañía y mejor abrieron la app de la D naranja, la primera dirección que aparecía era tu casa, porque la noche entera nos esperaba con más ironías, solté una pequeña risa que se identificaría mejor como un resoplido. Entonces, los dedos escribieron "20" y el teléfono entendió para donde íbamos. "Aceptar viaje", mis yemas se apresuraron a presionar sin que mis ojos siquiera voltearan a ver la tarifa establecida.

Toda la vida he hecho muchas cosas sola, nunca me ha molestado, es cierto que prefiero la compañía, siempre y cuando ya haya pasado el periodo incómodo de la desconfianza, claro; pero había una sensación precisa de que no era el momento de estar sola, aunque yo misma fuera la que tomó la decisión de bajarme del coche. Pensé en Mar, pero tenía mucho que no hablábamos y apenas en la mañana había retomado el contacto con ella con la excusa de felicitarla por su cumpleaños, la extrañaba mucho y sé que no habría tenido mejor refugio que ella, pero era su cumpleaños, no podía marcarle en la noche interrumpiendo su día con una llamada desconcertante que dijera:

"Se que probablemente estás terminando de partir tu pastel y ya empezaste a abrir un par de cervezas o, si es uno de esos días, a enrolar un poco y de verdad que no quisiera interrumpirte, pero tuve una discusión algo fuerte con Fer mientras estábamos en el coche rumbo a



mi casa, lo que lo llevó a tomar la decisión de frenar en seco tan bruscamente que sentí tanto miedo del hombre con el que estaba que tuve que bajarme del coche porque me sentía más segura a mitad de la colonia que, según el ranking de Publimetro, cerró el 2023 en el honoroso primer lugar de la colonia más peligrosa de su delegación; y no sé qué tanto haya perdido su prestigio en los últimos seis meses que van de este año, pero no creo que sea tan sustancial el cambio. Aunque igualmente para mí fue mejor idea bajarme del coche y quedarme aquí parada, sin nada más que mi mochila de ensayo con un par de rodilleras, mi cartera con $50, unas ligas de resistencia, una botella vacía aplastada y un desodorante en aerosol. Entonces pues aquí medio asumiendo las consecuencias de mis propias decisiones te marco para que haya constancia de lo que sea que pase de aquí a que me recoja el Didi y me lleve a mi casa, si es que alguna vez se digna a asignarme un conductor esta app".

Ya van ocho minutos y en la pantalla se lee "Le hemos dado prioridad a tu solicitud, ten paciencia, en unos momentos tendremos un conductor para ti". No me queda más que reírme mientras el cuerpo tiembla. No estoy segura de el origen de esta vibración que ya se apoderó de todo mi ser, podría ser el frío porque hasta me tiritan los dientes, pero también podría ser la ansiedad que me genera cada discusión con él, podría ser incluso el miedo de que, aunque conscientemente no había asimilado, yo sabía que tal vez nunca tuvimos que bajarnos del coche. Porque tal vez la manera en que nos vio nunca la habíamos visto antes, pero ¿qué tan probable era que el hombre con el que hace solo unos meses nos reíamos hasta que dolieran los músculos del abdomen, con el que nos acurrucábamos en las noches viendo una serie de vampiros y otra de bomberos, el que nos acomodaba en la cama y nos arropaba porque ya se tenía que ir, pero no quería que nos enfriáramos y se nos fuera el sueño, el hombre empresarial que atendía juntas mientras nos traía el desayuno, el que nos enseñó a decir te amo con una interrogación tierna pero que no llevaba ninguna duda, el que un día dejó un "ramo de flores" dentro de un Excel que nos ayudó a revisar, el que nos pedía un beso con un suspiro doble, el que nos llenaba de seguridad cuando recorrimos

los callejones de San Miguel de Allende a las tres de la mañana con altos niveles de alcohol en la sangre mientras por primera vez nos confesábamos verbalmente el vestigio de un amor que ya se gritaba con las pupilas, dime entonces qué tan probable era que este hombre pudiera hacernos más daño que la oscuridad, el frío y la incertidumbre de la esquina Dr. Jímenez y Dr. Balmis?

Tin tin

Por fin suena el celular, quito la mirada del fondo de la calle donde mis ojos se hiperfijaron en un intento de vencer la oscuridad y poder divisar si alguien venía por allá, ya fueras tú con ojos de esperanza o cualquier otro individuo con ojos de alerta. Veo en la pantalla que marca un conductor asignado, Eusebio, primera vez que escucho ese nombre en mi vida, suena como a volcán, leo el resto de los detalles del coche como si supiera identificar algún otro coche que no fuera uno de los dos que he manejado y el tuyo. MZD 3…, Intento memorizar la placa para poder guardar el celular de una vez, pero no lo logro; MZV 13… No, NCU 31…, NTR 99… No, definitivamente no, ¿cómo crees? Aparece un coche rojo doblando por la esquina y mi mente empieza a jugar chueco mezclando datos que conozco, que anhelo, que espero, pero que no están ahí. No, definitivamente no es NTR, no eres tú y tampoco es el rojo característico que rechinó llanta hace unos minutos, porque solo han pasado unos minutos realmente. El coche hace alto en el semáforo en rojo de la esquina donde estoy parada, no se distingue casi nada hacía adentro con esos niveles de polarizado que supongo no son legales, pero casi podría jurar que siento que alguien me observa. Eusebio, por favor apúrate.

La luz cambia y el coche rojo se va. Una vez decidida que no era momento de marcarle a Mar, pensé en mi hermana, pero de alguna manera me detuve porque ella no tendría ninguna pena en usar todos y cada uno de los adjetivos que describirían tu calidad de persona en ese momento y yo te seguía cuidando, en otra ironía de la noche. Le marqué a Lina de quien igual hace unos días medio retomamos contacto, pero no contestó, valido. Pensé en un par de personas más, pero con todas ellas ni siquiera había habido un contacto reciente, por un segundo me di cuenta de lo mucho que me he aislado en estos meses. Mi terapeuta no es una persona a la que le haya hablado más allá de nuestras sesiones, pero de verdad no quiero estar sola, y la única otra persona que se me ocurre te conoce y no quiero que conozca este lado de ti. Le marco a mi terapeuta y corre la misma suerte que la última llamada. No queda otra,

tecleo Yanira y el botón verde, suena varias veces el timbre, pero nada, buzón. Está bien, ya no hay más opciones para buscar, o tal vez sí, pero no me puedo quedar todo el tiempo viendo al teléfono con cara de esperanza y desesperanza; una no puede ser tan obvia en la calle cuando está desesperada. Reviso una vez más la app del Didi. ¿Cómo que llegada estimada en diez minutos? Hace rato decía siete. ¿A dónde chingados vas Eusubio? Era todo derecho y ya. ¿Qué tal que no quiere tomar el viaje, pero no lo va a cancelar porque se lo cobran a él? Eusubio si es ese el caso solo mándame un mensaje y pido otro, pero ya no quiero estar más tiempo aquí. Mientras me peleo con la falta de comunicación de Eusubio, o con su falta de habilidad para seguir un mapa, levanto un poco la mirada y veo un resplandor rojo, otra vez, el coche de las ventanas polarizadas de nuevo se para en el semáforo, pero esta vez el semáforo alumbra en verde. Mientras empiezo a sentir que el corazón me palpita directo por debajo de la lengua, finjo una llamada, por la quinta ironía de la noche, finjo que es contigo.

—Amor, ya estoy aquí afuera. ¿Cómo que te pasaste la vuelta? No pues yo te entendí que ya estabas aquí, por eso bajé —No sé que tan alto es mi tono de voz como para que realmente se escuche algo de lo que digo, pero ya estábamos en eso— Ok, pero ya estás cerca ¿no?, ¿Doblando en la esquina? Donde que no te… Ahh sí sí, ya te vi, apúrate, estoy en la esquina de siempre.

Extiendo mi mano saludando el fondo negro de la calle por donde claramente no viene nadie, pero espero que no se distinga nada o muy poco de adentro para fuera del polarizado también. En un momento alcanzo a escuchar el bajo de un reguetón lento y entonces distingo que uno de ellos ha bajado la ventanilla, porque ahora veo que son dos en frente y creo que uno atrás. Desvío la mirada en un intento de ignorarlos como si fuera la hora pico en periférico y hubiera un chance de que no lo escuchara por tanto ruido.

—¿Vas lejos? La neta no está la zona pa' que andes sola.

Sigue sonando el bajo

—Si estás esperando Uber, luego le sacan a esta



calle, más a esta hora y no pasan.

Sigue sonando el bajo y yo dejo de hacerme guey con el celular.

—Neta flaca, yo sé que traigo la pinta, y tú no te ves pendeja ni nada, pero pues sí se ve que no eres de aquí.

—De hecho, sí soy de aquí, vivo en este edificio— Digo señalando el edificio naranja amarillento que tengo atrás, sin saber qué parte de mi cerebro le dio la orden a mi boca de decir tal mentira.

—Ya pues y ¿por qué esperas afuera?

—Ya vienen por mí, creí que ya habían llegado.

—Ya. Pues con cuidado eh, que la zona… bueno pues tú debes saber, es tu zona.

Ya no le contesté, ellos arrancaron y desaparecieron en dos esquinas. Eusebio por fin se empieza a mover otra vez y parece que ya viene, aunque las palabras de este vato me tienen cuestionándome si tal vez sí debería pedir otro Didi, o caminar unas cuantas calles y ver si corro mejor suerte, pero no quiero perder cualquier progreso que Eusubio ya tenga hecho y la verdad es que tampoco me quiero mover.

¿Tú ya habrás llegado a tu casa? ¿Yo estaba en más peligro afuera o dentro del coche? Tal vez solo querías dejar algo en claro y por eso frenaste así, pero en realidad no estaba en peligro ¿Qué estaría pasando si siguiera en el coche? Pasan dos minutos más y Eusebio solo se ha movido un centímetro, que no sé a qué sea equivalente en esta escala. ¿Estarás parado a unas cuadras de aquí tal vez, pensando en ver que esté bien y llevarme a casa? Eusebio, por favor, apúrate, porque no creo que Fer lo haga.

Ya solo estoy recreando lo que sucedió hace cuestión de unos 20 minutos y pienso en todos los momentos donde me hubiera callado como tantas veces antes, al final solo quería que durmieras conmigo como me prometiste, solo quería sentirte

cerca y despertar juntos, pero me ganó la desesperación de que no sucediera, la incertidumbre y la inseguridad de que ya no quisieras dormir conmigo, el coraje también de que me dijiste otra cosa que no se estaba cumpliendo, de que te rieras mientras intentaba explicar lo que había en mi mente, de que otra vez evadieras una conversación. Aún con eso pienso en todos los puntos en los que pude callarme, en los que pude aceptar y resignarme, en los que pude haber dicho: "Bueno, es acurrucarnos por una hora o nada", y quedarme con la hora, pero me desbordé. También sé que pude detenerme cuando me pediste tal cual que me callara, perdóname, estaba desesperada, pero sí, pude callarme ahí y no tener este gran punto de quiebre a mitad de la Cuauhtémoc a las 10:30pm, pero no, no pude y hablé y contesté y me defendí y grité y lloré y expliqué y argumenté hasta que me enseñaste que el frenar en seco no es una frase metafórica sin origen tangible.

¿Tienes alguna idea de porque me bajé del coche? Miedo. Miedo porque en ese momento no reconocí al Fer que tenía al lado, porque del tan famoso *flight or fight,* opté por el *flight,* porque mientras me quedara dentro de un coche donde no alcanzo los pedales, la que estaba en desventaja era yo. Porque, aunque nunca he dudado de tus habilidades al volante, y créeme que ya voy para mil veces repitiéndome que obvio tenías absoluta conciencia de que no viniera ningún coche atrás que se pudiera apendejar con la frenada y chocarnos, que sabías bien que, como siempre, traía el cinturón puesto, que la calle estaba apenas húmeda como para generar descontrol en el coche, que traía una mano en el tablero, que puedo reaccionar muy rápido y mantener mi centro... Me repito eso una y otra vez, no muy segura de si me estoy convenciendo o me estoy engañando, pero no quita que en ese momento solo sentí miedo, de algo tan repentino, de otra promesa más que se rompía, de tu cara Fer, te lo juro que no te reconocí, que me asustó quedarme contigo en el coche por la manera en que me estabas viendo.

El asfalto se ve oscuro y parece frío, debe ser la lluvia que lo dejó así, está agrietado por la falta de mantenimiento y el exceso de vehículos de carga que incorporan estas calles intentando evadir el tráfico de las principales. Hay una grieta en específico que me hace pensar en tu mirada, en una venita muy particular que tienes en tu ojo derecho. Esa venita que solo se ve en esas miradas de enamorados, porque está inclinada hacia la parte inferior de donde brotan las

lágrimas y aunque nunca te he visto llorar creo que está ahí para eso, para poder ser la primera en acariciar tus lágrimas cuando las has dejado caer. Una venita que solo se ve cuando teniendo las narices a centímetros abres bien los ojos porque no quieres perderte un solo milímetro en el que te podrían estorbar los parpados al verme. Una venita que solo se ve cuando recargado en mi pecho volteas hacía arriba para decirme que no te quieres ir nunca, aunque hoy te hayas ido. Una venita que me contó tantas veces de las vueltas de la vida y que formó lecciones en mi cabeza, mientras rumbo a Tepoztlán un día me explicabas que cuando manejara en carretera las curvas tienen que tomarse de cierta manera y que así no debería tenerles miedo, aunque a mí la idea todavía no me termina de acomodar, supongo que la lección se quedará en la teoría y ya no pasará a la práctica, porque hoy no hubo curvas, solo dos líneas rectas trazadas en el asfalto agrietado. Hoy esa venita tampoco apareció porque la manera en la que me viste fue cerrando cada vez más la distancia entre los parpados, escondiendo esa venita y creo, que intentando esconderte a ti también.

He leído muchas veces y lo he visto en las películas también, pero siempre se sintió tan ajeno, esto de la "visión de túnel", no en sentido figurado, en el literal donde se elevan tanto los niveles de estrés por miedo o shock que literalmente se oscurece toda la vista periférica para poder enfocar solo lo que está en frente y salir de la situación. Tengo muy claro cuatro cuadros de ese momento. El primero es de tu cara a dos centímetros del volante y de tu mirada mientras te reincorporabas a los noventa grados del asiento, apenas y distinguí tu cabello o tu barbilla, así de cerrado estaba el túnel; luego fueron mis manos temblorosas, ¿las notaste?, peleando con el asa de la bolsa para poder agarrarla, sé que la palanca estaba justo a un lado, pero no logro visualizarla, ni tengo idea de que hacías tú mientras pasaba esto; la otra es de mi mano temblorosa también con miedo, pero con un segundo de duda en la manija de la puerta, sé que me asome al retrovisor, sé que te repetí la misma frase unas tres veces antes de salir, sé que volví a mirarte, pero no tengo esas imágenes en la cabeza; la última desde ese túnel, fue el coche, ese rojo alejándose, rápido, huyendo, con prisa. De ahí el túnel desapareció.

Ahora pienso que más allá del frío, la ansiedad o el miedo, mi cuerpo también está temblando de dolor, del desgarre en pecho que dejaste al acelerar, como esa vieja tradición de recién casados en

la que se amarran latas al coche de los novios para que el ruido pueda alejar las energías negativas, así te llevaste amarrados el corazón, la mente, los pulmones y el estómago mientras acelerabas lejos de mí. ¿Qué ruido hace el corazón al arrancarlo, al arrastrarlo y alejarlo? ¿Será suficiente para ahuyentar la mala energía de esta esquina, se extenderá la protección a quien se queda, o es solo para quien va en el coche?

El coche rojo de vidrios polarizados va por su tercera vuelta a este semáforo, revisando tal vez si sigo aquí o si ya me vinieron a recoger como les dije que sucedería, y es que, en efecto, ya no debería de estar aquí, volteo al celular y dice que Eusebio está a un minuto. Excelente, me pongo a buscar en la dirección que marca la aplicación en la que debería llegar, alcanzo a ver un coche que me parece que es gris oscuro, debe de ser ese. En seguida un destello color rojo me alcanza por un costado a toda velocidad, doy un salto hacia atrás y pasa rozándome los muslos, me volteo a ver y no distingo quien fue, pero asumo el mismo de los vidrios polarizados, salgo del asombro de tan repentina escena y busco en mi celular, para confirmar la placa del coche de Eusebio, dice que es M, Z, D, se escucha a lo lejos una detonación contundente que me alcanza y seguido un pitido en el oído me envuelve, me marea y caigo al suelo, el celular cae a mi lado y alcanzo a ver que la pantalla se ilumina y puedo leer "Yanira". Estiro la mano queriendo contestarle, pero no entiendo porque el brazo me pesa tanto y apenas y se mueve por el suelo. Una luz de los faros de un coche me ciega mientras se acerca a mí, pero cuando frena a un metro de mis ojos alcanzo a enfocar, alcanzo a distinguir, aunque borroso, veo que volviste, creo que volviste, sonrío, eres tú:

NTR 99…



Ilustraciones: Ivonne Gonzalez

Curiosidad

Alejandro Soto

¿No les pasa que les da curiosidad a veces de cómo es que secuestran a la gente? Todos hemos escuchado de casos. A alguien que sacaron de su casa. A alguien que iba caminando pacíficamente. Otro que estaba de fiesta. Una por ahí que iba sola en sus propios pensamientos… En fin, dudo ser el único que piensa de cuando en cuando, ¿Que pasa en el intermedio? Escuchamos de la noticia algunas veces cuando desaparecen, en otros casos cuando ya encontraron el cuerpo, e incluso cuando nunca se encuentran. ¿Qué pasa con la persona durante todo ese tiempo? Tiempo que tiene a los familiares sin dormir. Muchas veces me pongo a imaginar por la duda. En ocasiones por morbo, en otras por simple curiosidad. La curiosidad mueve tanto al ser humano de una forma tan interesante. Desafía tanto la lógica a veces, más la lógica en si fue resultado de una inicial curiosidad; que se sació en su momento y dio como resultado el ahora sentido común. ¿Cómo uno puede no sentir curiosidad? Al fin y al cabo, es la inicial fuente de energía que tenemos. Tantas veces me he quedado pensando en estos temas antes de dormir. Cuando me estoy bañando, después de un largo día. Cuando camino por la calle a veces analizo cuales son los lugares más vulnerables para las personas. El miedo constante a que una cosa así pudiera pasar es muy grande entre la gente. Tanto miedo a algo que es tan especulativo me parece curioso en sí, pero más curioso es que sea tanto miedo a nosotros mismos los humanos. Ese pensamiento normalmente entretiene mucho, ayuda a distraerse y pasar el rato. A pesar de basarse en miedo mezclado con curiosidad, suelen ser pensamientos que uno hace en la tranquilidad. Igual yo constantemente alimento mi curiosidad en el tema y algunos otros. Pero ahorita con esta muchacha atada en mi sótano…¿Qué debería hacer? Ella se ven tan indefensa y asustada. Sus ojos llorosos y húmedos pidiendo misericordia, expectantes a cada respiro que doy. No le he hecho nada aún. El sudor de su frente y la fuerte respiración me llama la atención. Me pregunto cuánta gente estará preocupada ahorita por ella. Da igual, de que otra forma podría entender mis dudas, más que experimentando yo mismo. Mi curiosidad es incontrolable a este punto y al fin tengo la libertad de saciarla…

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Des-humanidades II,
Alejandro Ávila

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio
Isis Ayled González Martínez
Diego Valdez Morales
Luis Rodrigo Martínez Insfrán

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 7378 8336

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. ***Pretextos Literarios Por Escrito*** es una revista bimestral. Número cincuenta y dos. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Diciembre 2024-Enero de 2025.

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

También estamos en:



55 7378 8336

porescritomx

@PorEscrito_

revistaporescrito

Revista Por Escrito

Por Escrito

Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Quisiera que mi libro
fuese, como es el cielo por la noche,
todo verdad presente, sin historia".

Juan Ramón Jiménez
Piedra y cielo

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...
para NUNCA dejarlos ir